

La Ilustración Artística



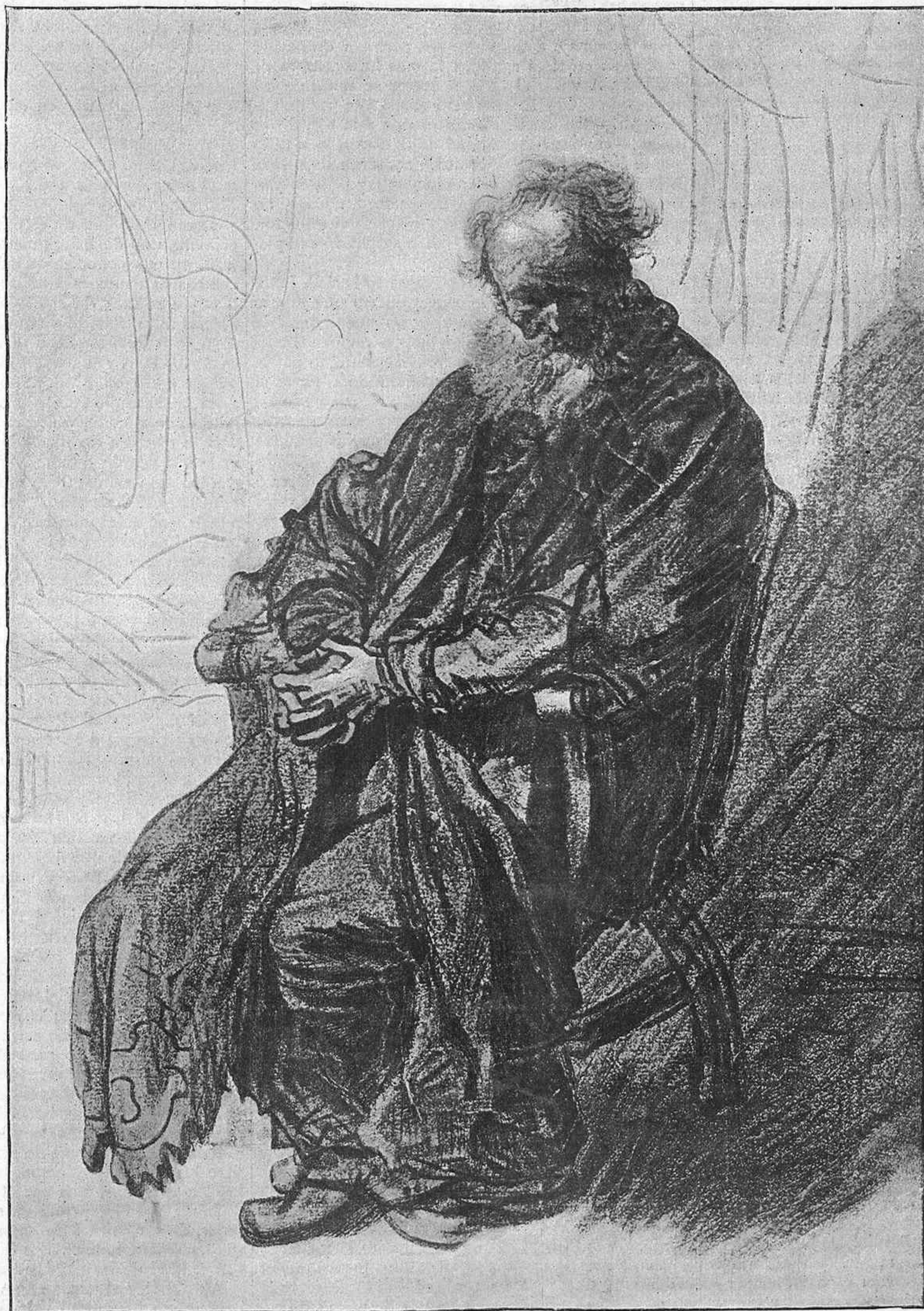
Artística

Año XXV

← BARCELONA 20 DE AGOSTO DE 1906 →

Núm. 1.286

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ESTUDIO PARA EL CUADRO «EL FILÓSOFO,» ORIGINAL DE REMBRANDT



Texto.—Revista de teatros, por Zeda. — Las mujeres en Gal-dós. Cruz del Aguila, por Angel Guerra, con un dibujo de Cutanda. — De cómo murió Frasquito Camorra, por Luis Cánovas. — Los reyes de España en Cowes. — La revolución en Rusia. — Concurso de automóviles: el circuito de los Ardenes. — Incendio del palacio de Artes decorativas en la Exposición de Milán. — Una casa en un árbol. — Mr. Leach, que descendió la catarata del Niágara metido en un barril. — Bellas Artes. — Miscelánea. — Problema de ajedrez. — En la paz de los campos, novela de M. Montegut, con ilustraciones de Simont (conclusión). — Un criadero de caimanes, por F. A. Talbot.

Grabados. — Estudio para el cuadro «El filósofo», original de Rembrandt. — Las primeras azucenas, cuadro de Isabel Stanhope Forbes. — Los reyes de España en Cowes. S. M. el rey D. Alfonso XIII embarcándose en el yate «Sheila», propiedad de la princesa de Battenberg. Vista de la bahía de Cowes con los yates dispuestos para las regatas. SS. MM. dirigiéndose en automóvil al Royal Yacht Squadron para presenciar las regatas. — La revolución en Rusia. Helsingfors (Finlandia). La policía deteniendo á los individuos de la «guardia roja». Una patrulla de la «guardia blanca» organizada para combatir á la «guardia roja». — Duray en su automóvil Lorraine-Dietrich, vencedor del circuito de los Ardenes recientemente efectuado. — Milán. Vistas del palacio de Artes decorativas de la Exposición, antes y después del incendio. — En la playa de Ostende, cuadro de Raimundo Germe-la. — Bailarinas, cuadro de Luis de Langenmantel. — Una casa en un árbol, en la Reserva de los Mosquitos (América Central). — Mr. Roberto Leach, natural de Bolton, con el barril de acero, en el que descendió la catarata del Niágara. — Cuatro grabados que ilustran el artículo Un criadero de caimanes. — Labores campestres, cuadro de Eugenio Prati.

REVISTA DE TEATROS

El burlador de Sevilla, el célebre conquistador de corazones femeninos, acaba de hacer una nueva y no del todo afortunada salida. El teatro de sus últimas hazañas ha sido el Odeón de París. Allí le han llevado el famoso cómico francés Mounet Sully y Pierre Barbier. Quiero decir, que estos dos autores han escrito un drama, cuyo protagonista es el famoso don Juan, tan llevado y traído al través de todas las literaturas, desde que nuestro Tirso le dió vida impercedera. El título del nuevo drama es *La vejez de D. Juan*: este drama, recién estrenado, tiene su poquito de historia.

He aquí como la cuenta un crítico parisiense:

«Mucho se ha hablado de esta obra: los periódicos han publicado varias reclamaciones formuladas por cierto joven escritor, el cual recababa para sí la paternidad del pensamiento capital del drama, afirmando que este pensamiento fué expuesto por el reclamante en una conversación que hubo de tener con Mounet y Barbier, y que estos dos señores, enamorados del asunto, se habían apoderado de él para escribir *La vieillesse de D. Juan*.»

Véase, dicho sea de paso, cómo en todas partes cuecen habas. En París como en Madrid, el autor prudente debe, si se le ocurre un pensamiento cómico ó dramático, guardarlo bajo siete llaves, y aun así no estará bien seguro de que algún husmeador literario dé con él y se lo birle en un abrir y cerrar de ojos. De estos hurtillos hay peste en los teatros de dentro y fuera de España.

Por otra parte, y volviendo á *La vejez de D. Juan*, Julio Claretie, el Director de *La Comedia Francesa*, rechazó la obra, y Mounet Sully, societario del teatro oficial, solicitó y obtuvo del Ministro de Bellas Artes un decreto especial en que se le autorizaba para ir á representar él mismo el papel del protagonista de su comedia en el teatro del Odeón. «Todas estas cosas—dice el crítico aludido—eran excelentes reclamos para estimular la curiosidad del público de París.»

El éxito del drama no ha correspondido á la expectación que su anuncio produjo. A pesar del renombre de Mounet Sully, *La vieillesse de D. Juan* solamente logró un *succés d'estime*, y el viejo seductor que tantas conquistas ha sabido hacer en el espacio de cuatro siglos, no ha conseguido, esta vez, conquistar el favor del público.

En la obra de Mounet y Barbier D. Juan es viejo: su cuerpo ha perdido la antigua gentileza; su barba y cabellos se han vuelto grises, y su espíritu, antes tan enérgico y decidido, siente ahora nostalgia y aun remordimientos por sus aventuras juveniles. Falto ya de fuerzas para proseguir sus pasadas galanterías, piensa en los encantos, que él no ha conocido, del

amor puro. El diablo harto de carne... Hay que advertir que D. Juan, aunque viejo, no es precisamente un caduco; todavía hay fuego entre las cenizas de su edad, y no desespera, por consiguiente, de encontrar una mujer que realice para el arrepentido conquistador el último ideal de su vida borrascosa. Cuenta para ello con el prestigio de su nombre, famoso por sus amoríos, en toda España. La mujer—piensa y con fundamento el jubilado burlador—se deslumbra ante todo lo que brilla, «y ¿quién brilla más ante los ojos de las mujeres que los salteadores de corazones? La mujer además siente siempre mayor inclinación hacia los diablos que hacia los santos.»

El caso es, prescindiendo de filosofías, que D. Juan, acosado y herido á traición, ha pedido y encontrado asilo en casa de sus parientes D. José y doña Isabel. D. José tiene una hija, Inés, candorosa, inocente y soñadora, á quien ama cierto joven llamado D. Fabián. Pero ¿cómo es posible que un galante pueda competir en fuerza sugestiva con un hombre como D. Juan? Acontece, como ya habrá presumido el lector, que Inés, sin cuidarse de la solicitud amorosa de D. Fabián, queda deslumbrada por la aureola de escándalo que circunda la frente del viejo conquistador. D. Juan se percata bien pronto de la influencia que ejerce en el corazón de la joven, y por sus antiguas costumbres de galanteador y por hacerse agradable á los ojos de Inés, la rodea de atenciones y rinde continuo homenaje á sus encantos, pero sin que entre para nada en tales agasajos la más leve sombra de maldad... A veces el viejo seductor se burla de los amores de Inés y Fabián; pero solamente por donaire. «¡Ah!—dice en una linda escena á la hija de su amigo,—si yo tuviese la edad de tu novio, bien sé lo que te diría.—¿Qué me dirías?» pregunta Inés. Don Juan entonces improvisa un elocuente y poético parlamento amoroso. Al oírlo la candorosa joven no puede ocultar su secreto, y cae á los pies del seductor, besándole las manos, declarándole su pasión é implorando su amor.

La declaración de Inés sorprende y turba á D. Juan, pero al mismo tiempo le halaga, puesto que ella le prueba que no es tan viejo que no pueda inspirar amor... Todavía le reserva el tiempo algunas horas placenteras. Quizás pasa un mal pensamiento por la mente de D. Juan; pero la tentación dura poco: el antiguo burlador tiene ya conciencia de sus deberes. Bajo la influencia de tan nobles sentimientos, rechaza la pasión de Inés y emplea su ingenio y sus palabras para que la joven incline su corazón hacia su olvidado amante. ¿Qué va á ser de D. Juan ahora? Volverá á su antigua vida de aventuras. El temor de una vejez solitaria y sin amor que la perfume y haga llevadera, le aterra, y entonces librase del peso de la vida tomando un veneno. D. Juan se abraza con la muerte sonriendo: ella será su última amante.

Aunque, como ya he dicho, *La vieillesse de D. Juan* no ha obtenido en París más que un éxito de cortesía, es evidente que allí el D. Juan imaginado por el ilustre comediante y su colaborador no ha debido de parecer tan exótico y desfigurado como nos parece á los que hemos nacido en la patria de D. Juan. Ya Molière alteró en gran manera los rasgos característicos del personaje de Tirso. Recuérdese, por ejemplo, la escena del burlador con su sastre. ¡D. Juan apurando su ingenio y su labia para no pagar la cuenta de sus vestidos!

Nuestro D. Juan se parece muy poco al personaje de Molière y menos al de Mounet y Barbier: el de Tirso es moralmente un hombre corrompido, que mira á las mujeres como seres inferiores, como objeto de placer, y que es incapaz de sentir ni por un instante el menor remordimiento por sus tropelías; es un malvado, sin ninguno de los afeites románticos con que lo desfiguró Zorrilla, y cuando la estatua vengadora se lo llevaba al infierno, el público del siglo XVII debía sentir satisfacción semejante á la que sienten los espectadores de los modernos melodramas cuando los guardias civiles ó los gendarmes se llevan al traidor á la cárcel, de donde ha de salir para el palo ó la guillotina.

A D. Juan tampoco le comprendemos viejo. Un anciano echándose de conquistador y diciendo ternezas á las muchachas, es en todo caso un ente ridículo, y el burlador de Sevilla tenía muchos y muy graves defectos, pero no el de la ridiculez. La vejez de D. Juan, para ser digna de él, solamente nos la explicamos en la fría celda de una cartuja, con el áspero cilicio en la cintura, demacrado el rostro por el ayuno, llorando lágrimas de sangre ante el recuerdo de sus aventuras criminales, ni más ni menos que el célebre Mañara; pero en ningún caso diciéndole ternezas inocentes á una jovencuela de poco seso.

Lo mejor de todo sería dejarle allí donde le condujo la estatua vengadora, y no meterse en hacer hipótesis acerca de lo que hubiera podido ser en la

ancianidad. A los personajes legendarios ó poéticos no es lícito disminuirles ó aumentarles los años. No comprendemos á Ofelia anciana, ni al rey Lear recién casado, ni á D. Quijote jugando al peón. D. Juan será siempre joven, valeroso, duro de corazón, bello de cuerpo, de espíritu indomable, atropellador de las mujeres, engañador de hombres y superior á todos en brío, en energía y en arrogancia. Un D. Juan con canas, arrugas, reuma y catarro crónico es un vejete grotesco á quien de seguro puede llamársele el *burlador*, pero no el burlador.

Y ya que he hablado de la famosísima comedia de Tirso, una de las joyas más preciadas del teatro del ilustre mercedario y de las más valiosas de la literatura dramática de todos los tiempos y naciones, he de decir aquí que, según nos ofrece el erudito académico D. Emilio Cotarelo en el prólogo del tomo IV de la *Nueva Biblioteca de Autores Españoles*, podrán muy pronto las personas de buen gusto y aficionadas á la lectura de las obras de nuestros grandes escritores conocer el texto íntegro del *Burlador de Sevilla*, y á más de la refundición de esta obra, *Tan largo me lo fiáis*, la inédita de D. Alonso de Córdoba y Maldonado, titulada *La venganza en el sepulcro*, «pieza, según dice el Sr. Cotarelo, casi desconocida á los que modernamente han escrito sobre el D. Juan, tema que parece despertar en estos días un interés mayor que nunca.»

También se debe al Sr. Cotarelo en el citado prólogo del tomo I.º de las comedias de Tirso un estudio muy completo acerca de Fray Gabriel Téllez de la Merced.

Hasta poco ha, de este insigne escritor, si no el primero, uno de los primeros de la dramática española, apenas conocíamos más que su nombre y muy escasos datos de su vida, sacados de algunos episodios y alusiones de sus comedias. Hoy ya se sabe, gracias á los trabajos de erudición de varios literatos, entre los cuales merecen mención especial D.ª Blanca de los Ríos y el académico citado, que Fr. Gabriel Téllez nació en Madrid por el mes de octubre de 1571, que estudió en Alcalá de Henares, que en 1601 profesó en el convento de la Merced de Guadalajara. Sábese también de una manera exacta que hizo un viaje á la isla de Santo Domingo para reformar en ella los monasterios de la orden: dos ó tres años después regresó á su patria, detúvose algún tiempo en Sevilla y se dirigió desde allí á Toledo. En la ciudad imperial debió de trabar amistad con el gran Lope, y ciertamente serían de oír y de admirar las pláticas que tendrían aquellos dos colosos de la escena, ambos poetas de altos vuelos y ambos profundos conocedores del corazón humano. De que esta amistad fué larga y duradera dan testimonio varios pasajes de las comedias de Tirso de Molina.

Muy estimado por la gente de pluma debió de ser Tirso en la corte, en donde permaneció largo tiempo, y gran popularidad debió gozar entre el pueblo que acudía en tropel á aplaudir sus hermosas comedias. Pero sus mismos triunfos hubieronle de suscitar varios enemigos, los cuales lograron, poniendo en juego malas artes, hacerle salir de la corte é impedirle escribir para el teatro. Durante diez años permaneció silenciosa la musa de Tirso, que ya había producido entonces más de cuatrocientas comedias.

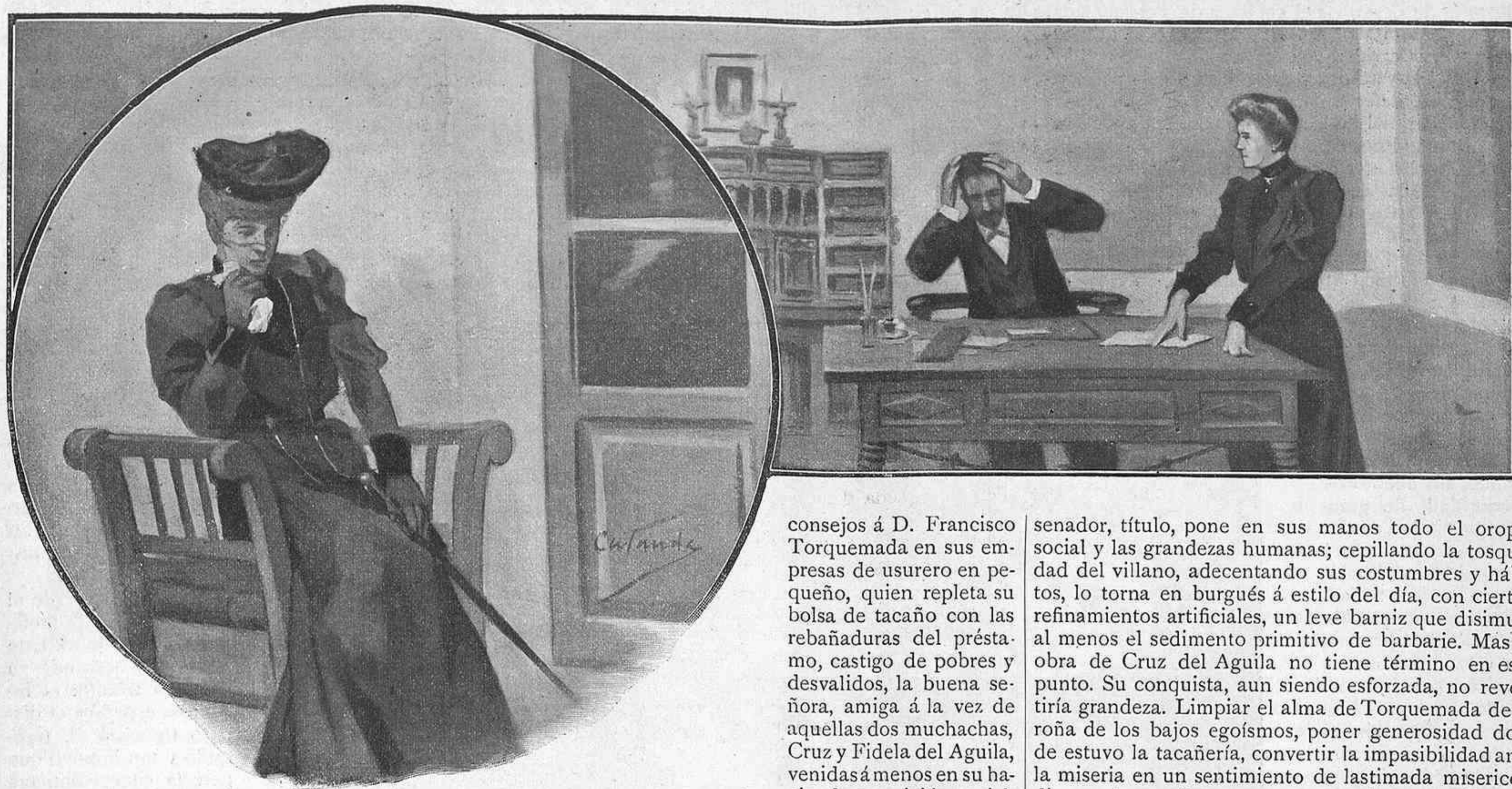
Créese que estuvo desterrado en Salamanca; se sabe que fué nombrado Comendador del convento de Trujillo, que volvió á Toledo, que desempeñó el cargo de cronista y definidor de su orden y que murió en Soria á 12 de marzo de 1648 á los setenta y seis años y cinco meses de edad.

«Ningún escritor del tiempo nos ha conservado noticias de su muerte; nadie lloró sobre su tumba; olvidáronle los poetas madrileños, bien es verdad que ya estaba muerto para el mundo hacía muchos años. Fué sepultado en el convento de Soria; pero nuestras bárbaras luchas políticas han hecho desaparecer sus preciosos restos.»

Sus restos, es verdad, han desaparecido; su cerebro, reducido á polvo, ha sido arrebatado por el viento; pero los personajes inmortales que de él brotaron, los lances y aventuras por él inventados, las sales y donaires que él esparció en sus obras, las voces de dolor, de venganza ó de amor que resuenan aún en sus comedias, todavía nos interesan y enuncian y son motivo de inspiración para autores extranjeros.

Al cabo de cuatrocientos años el público del Odeón ha acudido á recoger las migajas que allí les han servido, no muy sabrosamente aderezadas, Mounet Sully y P. Barbier.

ZEDA.



LAS MUJERES EN GALDÓS

CRUZ DEL ÁGUILA

El magno problema queda en pie. A las puertas de ultratumba, la investigación de la inteligencia humana y la lógica de la vida quédanse desarmadas, desorientadas. ¿Se salva el viejo Torquemada? En el último instante, puede que la sugestión haya cesado, que la naturaleza recobre su primitivo ser y estado, y que el empedernido usurero, transformado en vida bajo la dominante dirección de Cruz del Águila, su cuñada, vuelva á la razón, á la plenitud de su ser anterior, como el ingenioso hidalgo manchego. Indeciso, á la hora de morir, no se puede traslucir de sus palabras si es entonces grande ó pequeño, si acaba en caballero y santo ó ha tornado á su vulgaridad de gran tacaño. *Conversión*, dicen sus labios con trémulo balbuceo agónico. ¿Qué idea expresan? ¿Piensa en la conversión de su alma? ¿Cavila, despertados en su interior de nuevo los acosos del egoísmo, en la conversión de la Deuda?

Cruz, que conoce el alma de Torquemada, que ha dirigido y orientado con rígida disciplina espiritual, calla. También Gamborena, el clérigo tocado de misticismo, muestra incertidumbre.

Allí, en ese estado de duda, estriba toda la fuerza del problema planteado, y de su solución dependen los méritos de esta singular mujer que lleva por nombre Cruz del Águila.

Si no ha conseguido hacer feliz en vida, á ras de tierra, al pobre Torquemada, cuyos destinos cambia variando el curso de su existencia, ni le asegura la dicha de un morir tranquilo, en la creencia de hallar, más allá del *velut umbra*, paz y reposo eternos, la misión que se ha impuesto esta mujer, ¿es grande y provechosa ó por el contrario es mezquina y perjudicial?

Cierto que ella en su labor de conquista, en el tesón que ejercita en dominar aquel carácter tosco del usurero, corroído por bajos instintos, sin más ideal que una ambición pequeña, no pone amor, calor de corazón, calor humano, sino impasibilidad calculadora, fuerza cerebral, inteligencia.

El problema queda sin resolver, ante el misterio que deja tras sí la muerte de Torquemada. ¿Cómo juzgar entonces el mérito de la obra espiritual que realiza Cruz del Águila?

Al criterio de cada cual queda el medir este mérito. Ella ha puesto todos los medios; ¿por qué no conseguir el propósito? Pero ¿la lógica de los hechos humanos es tan inflexible que pueda generalizar las consecuencias? Nada; ante el misterio del destino de los seres surge siempre la trágica duda de *Hámlet*.

Conozcamos por dentro la historia sencillamente novelesca de estas dos vidas contradictorias y de estas dos almas en guerra.

Al morir doña Lupe, una amiga que ayuda con sus

consejos á D. Francisco Torquemada en sus empresas de usurero en pequeño, quien repleta su bolsa de tacaño con las rebañaduras del préstamo, castigo de pobres y desvalidos, la buena señora, amiga á la vez de aquellas dos muchachas, Cruz y Fidela del Águila, venidas á menos en su hacienda y posición social, pide al logrero y prestamista despose á una de las chicas. La idea se le clava al pobre hombre en el cerebro. Acostumbrado á un vivir mezquino, bien contento con la sordidez que es única pasión que le domina, por un extraño caso psicológico, sin duda por la sugestión que desde el primer momento en que se ven, en una obligada visita para tratar de intereses, siempre en funciones del oficio, ejerce sobre su espíritu el talento superior de Cruz del Águila, aquel aire señorial de distinción en ella natural y subyugante, Torquemada siéntese empujado misteriosamente á ligar sus destinos á los de aquella familia, menesterosa, pero humildemente activa. A riesgo de caer en ridículo formula con timidez su pretensión el usurero. Y es, contra sus recelosas sospechas, francamente aceptada. Se casará con una de las Águilas. En este punto y momento Cruz entra en acción, revelando toda su extraordinaria personalidad espiritual. Hasta ahora la habíamos conocido nada más que en la obscuridad, en sus privaciones, luchando con temple heroico contra las adversidades de la suerte, cruel con los suyos al dejarlos en la miseria. Desde ese instante, surge en ella algo así como un espíritu nuevo, se desdobra su carácter, y aparece guiando sus actos y los ajenos una inteligencia activa, perseverante, conquistadora.

¿Qué lleva esta mujer dentro de sí para imponerse? Su charla discreta es la que arrastra á Torquemada á realizar la súplica de doña Lupe. La sola presencia de Cruz, su continente señorial, aquella distinción dentro de la pobreza, son los que, por extraña sugestión, despiertan en el tacaño la conciencia de su mezquindad y el sentido del aseo, cierto embrionario sentimiento de largueza y caridad.

Ella, como si desde las alturas de sus pensamientos gobernara, asumiendo una especie de dirección espiritual, ordena á su hermana Fidela, ser débil, sin voluntad para resistir, que se despose con Torquemada, y domeña también las hurañas resistencias, asco moral, de Rafael, el hermano ciego, que se rebela contra la ingerencia en la familia de aquel tosco villano, que ha amasado groseramente su riqueza. Todos estos vencimientos caseros son fáciles á la acometividad de Cruz. Su empeño extraordinario es dominar y vencer al «monstruo», moldear el barro é infundir en él un alma, rendir las asperezas rebeldes de Torquemada, haciendo de él «su hechura y su obra maestra.» Lo consigue. ¿Cómo?

Ya he dicho que pone en el esfuerzo conquistador inteligencia y no corazón. De un modo rectilíneo, á saltos lógicos, buscando una lenta evolución, realiza su empeño, sin recursos de violencia, antes por el contrario, de un modo insinuante, blando, como al loco se le consigue vestir la camisa de fuerza.

Poco á poco, día tras día, Cruz del Águila va transformando á Torquemada y consigue llevarlo á las alturas sociales; de lo pequeño saca grandezas con soberana habilidad de artista. De un mísero usurero, que no comprende más que los negocios mezquinos, ella, por un poderío de voluntad, lo hace banquero,

senador, título, pone en sus manos todo el oropel social y las grandezas humanas; cepillando la tosquedad del villano, adecentando sus costumbres y hábitos, lo torna en burgués á estilo del día, con ciertos refinamientos artificiales, un leve barniz que disimula al menos el sedimento primitivo de barbarie. Mas la obra de Cruz del Águila no tiene término en este punto. Su conquista, aun siendo esforzada, no vestiría grandeza. Limpiar el alma de Torquemada de la roña de los bajos egoísmos, poner generosidad donde estuvo la tacañería, convertir la impasibilidad ante la miseria en un sentimiento de lastimada misericordia, es el empeño en que pone todos sus esfuerzos. ¿Lo consigue?

Esta es la parte que queda en la incertidumbre. A la hora de la muerte, ¿Torquemada se salva?

Allí radica la clave.

Mas volviendo á Cruz del Águila, ¿cuál es su poder? No está su fuerza dominadora en la hermosura, ni es su gentileza la que triunfa. Es «alta, de cabellos blancos prematuros, con rostro cuarentón.» Por ella no siente Torquemada pasión amorosa que fuerce sus ánimos á declararse esclavos de la voluntad de ella. Puesto que contraría sus gustos, ya que de continuo lo atormenta al disciplinarlo irreductiblemente, como fiera al látigo del domador, Torquemada por «la dominante» como la apellida en su jerga villanesca, siente un odio manso, pasivo.

En ella la fuerza dominadora es la superioridad mental, el sentimiento de orden y de autoridad que encarna. A su acción nada resiste, porque su grandeza aplasta la pequeñez de los seres que giran en torno suyo.

Firme en sus propósitos, segura del éxito, como un gran artista, con las miserias humanas, depurándolas, corrigiéndolas, pretende formar un ser superior; dándole las propias ideas, como de la arcilla, infundiéndole el soplo espiritual, brotara el hombre.

Hay en la lucha que entabla con el «monstruo» Cruz del Águila un punto digno de reposado estudio. ¿Qué móviles la empujan en su empeño de conquista? A la violeta juzgando, con arreglo á ese criterio social corriente, que en la novela representa Rafael, parece que el móvil único es salvar la miseria, vivir en la holganza, en grande, á costa de los roñosos ochavos del usurero. Nada tan lejos de las intenciones y de los hechos de esta mujer fuerte. Su único empeño es rodear de grandezas al hombre que las sacó de la miseria, y si le obliga á desangrar la bolsa, con mayores cantidades le hace repletar las arcas.

A más, un alto ideal mueve su empresa. Ella asocia sus iniciativas á los actos de Torquemada. Son una y otro cerebro que ordena y brazo que ejecuta. En ella todo es grande; en él todo pequeño. Tiende Cruz del Águila, por inclinación de su espíritu, á las alturas, opulencia, pompas sociales, mientras que Torquemada tira, por exigencias de su natural plebeyo, á los bajos oficios, á la mezquindad y tacañería de los ínfimos seres humanos.

Con talento superior esta mujer singular busca la suprema fórmula de concordia en la vida, el equilibrio social, fundiendo miserias y grandezas, lo feo y lo bello en un haz de armonía conciliadora.

Serían mezquinos los móviles de su empeño, por otra parte, si en él pusiera egoísmo. Ella misma, resumiendo su filosofía en esta frase: «las buenas obras son la riqueza perdurable», y aconsejando más tarde, cuando las lecturas devotas la tornan mística, al buen Torquemada moribundo que reparta su fortuna entre los desheredados, desmiente todo interés ambicioso en sus propósitos, altos, humanamente generosos. Porque ella también se empeña en ser «escultor de almas.»

Después de desarmar el carácter de Torquemada, quiere afinar el espíritu. Donde estuvo la avaricia busca poner la caridad y que una vida que se moldeó en medio de la sordidez y del egoísmo más personalísimo acabe, deformada, rehecha, contenta, en un ambiente espiritual de lástima, de concordia y de cariño, derramándose entre los demás.

¿Qué vínculos, por otra parte, une esos dos seres? No son los de la sangre, ni son los del amor. Ni para seguirla espolea á Torquemada la pasión; ni para conquistarlo á Cruz del Aguila acosan mezquinos egoísmos de lujo y logrerías. Leyes de una psicología compleja muy difícil al análisis determinan estos casos extraños de aproximación entre dos espíritus contradictorios mancomunados fatalmente.

Hay en Cruz del Aguila, y va esto para explicar su extraordinario poder de sugestión y de dominio, un aliento de superioridad, de grandeza, que rinde á discreción cuanto pequeño y mísero á su alrededor se agita y vive. Se advierte en su complexión espiritual el ímpetu de esos caracteres bravos, enérgicos, que han dominado pueblos. Ella reduce su acción al círculo casero. Su empeño no es heroico; no alcanza los límites de lo sobrehumano, porque apenas llega á dominar vidas humildes y pocas almas; pero en ella existe la levadura de los talentos superiores, de las virtudes heroicas, de los corajes bravíos en la lucha de conquista, y modesta, demasiado sencilla, de Cruz del Aguila bien puede decirse que dentro de ella revive un espíritu grande como el de los caudillos, como el de los apóstoles y como el de los artistas.

ANGEL GUERRA.

(Dibujo de Cutanda.)

DE CÓMO MURIÓ

FRASQUITO CAMORRA

No encuentro palabras bastante sonoras y contundentes para pintar á ustedes el valor de Frasquito Camorra; preciso sería hallar voces que vibrasen, al ser pronunciadas, como toques de clarín guerrero; vocablos que estallasen entre los labios como

disparo de ametralladora; frases detonantes, períodos explosivos, interjecciones incisivas y punzadoras como daga damasquina. En la ciudad en que Frasquito vivía, en el corazón de Castilla la Vieja, ciudad cercada en lo material por recia muralla de ciclópeas piedras y defendida en lo espiritual por otra más recia de viejos é inmutables dogmas, un dogma más se asentaba en los corazones y en las inteligencias de sus moradores: el del insuperable valor de Frasquito.

¿Quién osó jamás mirarle si no con expresión de humildad y acatamiento? ¿Quién pasar por su lado sin saludarle cortés y ceremonioso? ¿Quién soñar siquiera en tropezarle, sin deshacerse en excusas; en contradecirle, sin valerse de mil perifrasis y circunloquios; en pisarle un callo, sin antes ponerse bien con Dios y hacer testamento?

Por esta aureola de inmaculado valor, por esta leyenda de carácter insufrido y altivo, era, hacía veinticuatro horas, la única conversación de la ciudad el lance pendiente entre Frasquito y el forastero. ¿Quién era este desdichado? Un caballero llegado la noche antes, en el tren de las once, que por no hallar muy de su gusto la comida recalentada de la fonda, fuese á dar con sus huesos al Casino en busca

de un biftek recién hecho y un trozo de jamón tierno. ¿Cómo nació el lance? Declamando Frasquito, sin que alma viviente le fuese á la mano en atajar sus gritos contra las empresas ferroviarias; llegando en el calor de su improvisación á motejar á sus Consejos y funcionarios de ser un hato de ladrones; levantándose en aquel punto y hora el forastero (que hacía rato le escuchaba cenando en silencio) y dirigiéndose á Frasquito para decirle que tenía el honor de ser el Ingeniero Director de la línea que por la ciudad cruzaba y rogarle retirase tan ofensivas é inexactas palabras; negándose Frasquito, con la insolencia y el desprecio en él habituales; y participando

rreno, parodiando á los romanos gladiadores, la clásica salutación: «Frasquito, el que va á morir te saluda?»

Pues nada: los improvisados padrinos del irreflexivo ingeniero eligieron la pistola y á la madrugada siguiente de la en que surgió el lance hallábanse reunidos en amplia avenida de un jardín de la quinta de uno de ellos, éstos, los dos adversarios, un médico y hasta un aficionado á la fotografía dispuesto á perpetuar, con la ayuda de su verascope, la memoria de aquel inesperado y ya famoso duelo.

Las condiciones eran: disparar alternativamente, designando la suerte á quién tocaba hacer el primer disparo, y avanzar cinco pasos, comenzando desde una distancia de veinticinco, en cada tiro, hasta que uno de los contendientes quedase fuera de combate. Y es lo que pensó Frasquito al conocer las reglas á que se había de sujetar: «¡Desdichado de él si soy yo el que tira primero!..»

Un duro arrojado al aire vino á dar la preferencia á Frasquito. Este sonreía, saboreando su próximo triunfo: el ingeniero esperaba el disparo frente á él, tranquilo y tan inmóvil que parecía silueta humana puesta allí para hacer ejercicios de tiro al blanco. Dudaba Camorra en su interior qué sitio elegiría para herir á su osado contendiente y dejar terminada la trágica escena mostrando á la vez su superioridad y su magnánima hidalguía; y al fin resolvió que fuera en el hombro derecho para imposibilitar á su adversario sin inferirle herida de gravedad. Después de todo á él le era lo mismo: donde ponía el ojo ponía la bala.

Sonó la señal y Frasquito bajó el cañón de su pistola que apuntaba al cielo, y al tenerle casi horizontal, disparó: la bala fué á perderse entre los evónibus que cerraban la avenida con sus hojas almidonadas de color verde oscuro, y la silueta del ingeniero siguió ante él rígida, sin que la blanca camisa se colorease ni con la más leve motita de sangre.

Frasquito sintió que una ola de angustia le

subía del corazón á la garganta. Tocaba disparar al ingeniero. Avanzó éste cinco pasos y esperó, siempre tranquilo é impasible, la señal. Frasquito la oyó sonar y vió como la mano de su adversario bajaba el cañón de la pistola en donde estaba encerrada su muerte; vió que apuntaba recta á su corazón, á aquel corazón recio y valeroso que no temblara jamás y que ahora palpitaba apresurado como si estuviera metido en un baño de azogue; vió que el cruel verascope se asestaba el visor de su aparato para sorprender el luctuoso instante de la fúnebre voltereta del invencible Camorra; vió...

Escuchóse el estampido del disparo y Frasquito cayó de bruces en el centro de la avenida. Todos acudieron despavoridos y el ingeniero con más solitud que otro alguno. ¡Inútil cuidado! Frasquito estaba muerto.

Y es lo extraño del caso que el ingeniero, queriendo corresponder á lo que juzgara exquisita cortesía de su adversario, había disparado al aire.

LUIS CÁNOVAS.



Las primeras azucenas, cuadro de Isabel Stanhope Forbes

el recién llegado á su estupefacto interlocutor que al día siguiente ó más bien aquel mismo día recibiría la visita de sus padrinos, si entre los circunstancias tenía la suerte de encontrar dos caballeros que se dignasen serlo.

¡Y cómo si los encontró! No tuvo sino dificultad en elegirlos, porque todos ambicionaban un papel, aunque fuera de comparsa, en la representación de aquel drama de gran espectáculo que se iba á poner en escena tan sin anuncios ni ensayos previos.

Frasquito no volvía de su apoteosis. ¡Cómo! ¿Existía un mortal, un gusano miserable, un suicida inconsciente, que osaba mirarle cara á cara, tratarle de potencia á potencia, medir su corazón de pigmeo con aquel que le latía en el pecho, hermano gemelo del de Sidi Ruiz Díaz? ¿Y no asomaba un alma llena de caridad que advirtiera al inadvertido lo absurdo de la hazaña que iba á acometer?

Frasquito, con la espada en la mano, era un Guiso; con el sable eclipsaba al más desaprensivo y hambriento de los cesantes; con la pistola escribía su nombre y apellido en letra gótica con blancos hechos á cien pasos de distancia. ¿Qué arma elegiría aquel desdichado que no tuviera que decir, al llegar al te-



LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES. - S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EMBARCÁNDOSE EN EL YATE «SHEILA», PROPIEDAD DE LA PRINCESA DE BATTENBERG. (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)

En las regatas de automóviles venció el *Yarrow-Napier*.

En la regata de la copa del rey resultó vencedor el yate *Satanita*. Al día siguiente efectuóse la de la copa del emperador de Alemania, en la cual tomaron parte ocho yates, habiendo triunfado también el *Satanita*.

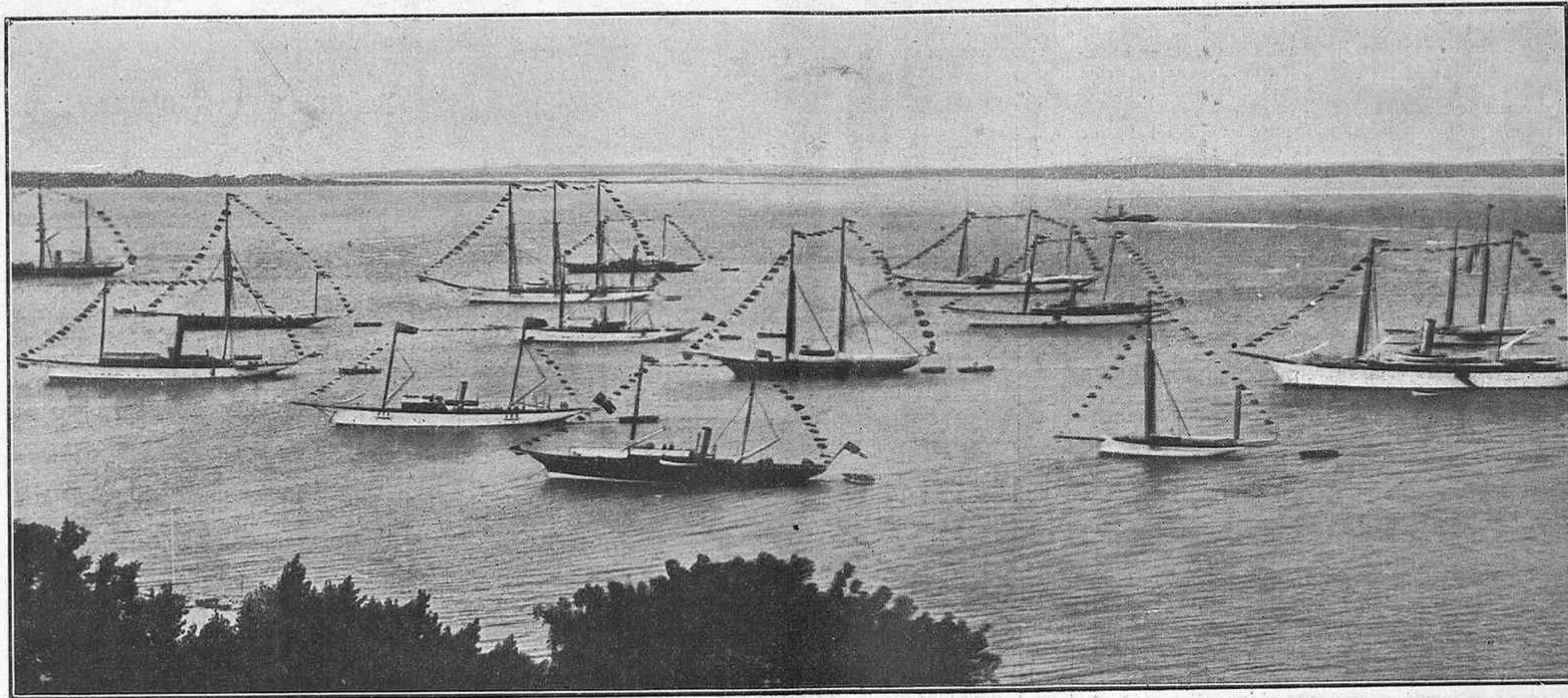
La copa de Cowes fué ganada por el yate *Weather*.

Terminaron las regatas con el *handicap* de *schooners*; en uno de éstos iban el rey Eduardo VII y el príncipe de Gales, pero se vió claramente que no hacían ningún esfuerzo para triunfar. Salió vencedor el *Adela*.

No han sido los marítimos los únicos festejos á que han asistido nuestros reyes durante su estancia en Cowes. El rey de Inglaterra les obsequió con un almuerzo en el yate *Victoria and Albert*; el *Royal Yacht Squadron* con un banquete, y los más ilustres aristócratas ingleses dispusieron varias fiestas en su honor. Además han hecho frecuentes excursiones en yate y en automóvil por aquellas deliciosas costas y por el interior de la pintoresca isla, visitando el campamento de voluntarios de Beaulieu, el parque de lord Montagu, los buques de guerra *Britanic* y *Renown* y el yate del emperador Guillermo II *Meteor*, el Chateau Carisbroxe, la posesión del duque de Connaught.

Durante la permanencia de nuestros reyes en Cowes ha habido también magníficas iluminaciones y fuegos artificiales.

D. Alfonso y D.^a Victoria han sido, en suma, festejados con tanto cariño como entusiasmo y se han conquistado unánimes y calurosas simpatías.—R.



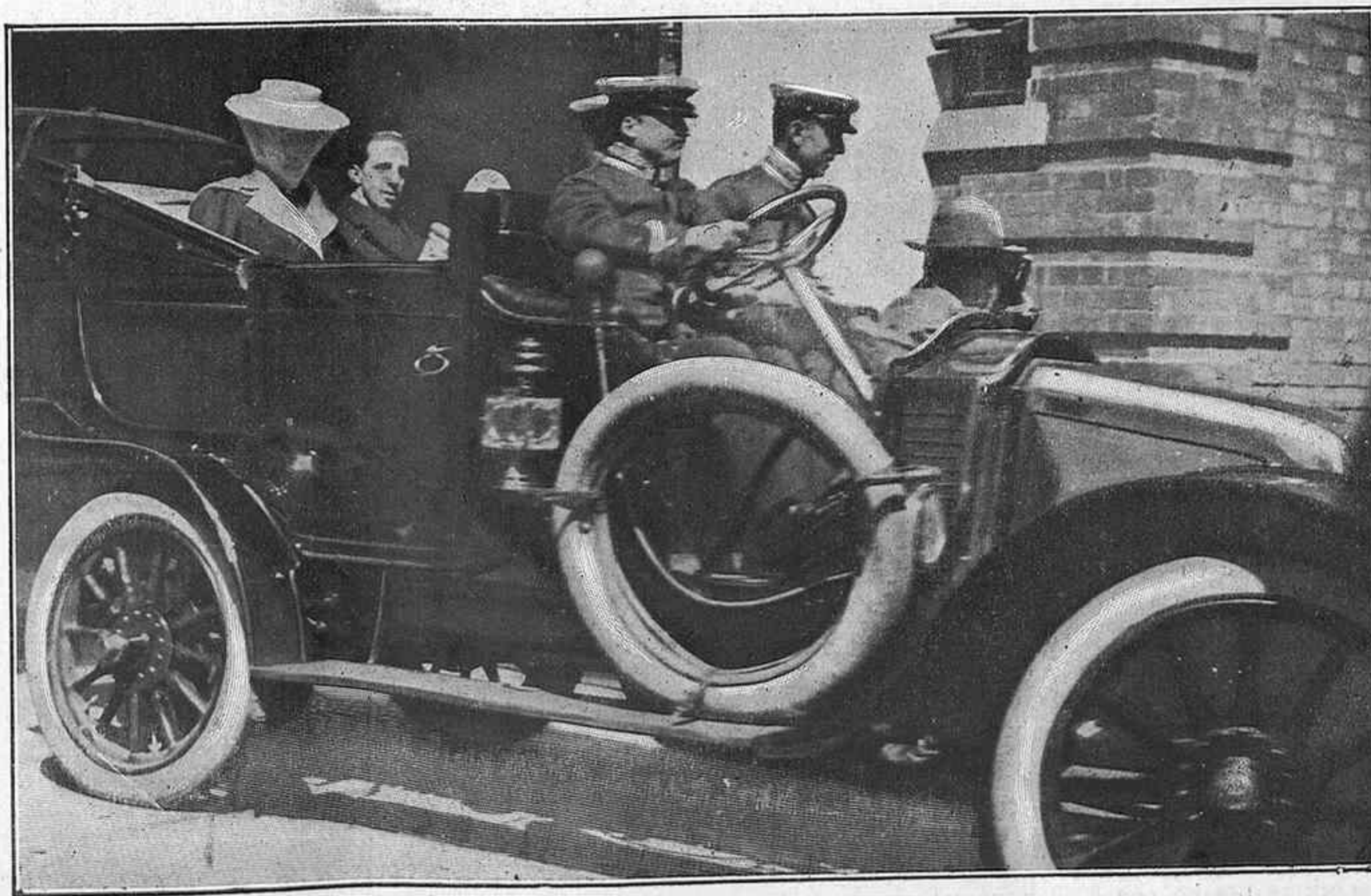
LAS REGATAS DE COWES. - VISTA DE LA BAHÍA DE COWES CON LOS YATES DISPUESTOS PARA LAS REGATAS (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)

LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES

A las primeras horas de la mañana del día 1.º de este mes llegaron SS. MM. D. Alfonso XIII y doña Victoria á Cowes á bordo del *Giralda*, al que daba escolta el *Princesa de Asturias*. La población hallábase empavesada y todos los buques y yates del puerto ostentaban banderas españolas. Al desembarcar SS. MM. fueron saludados con la marcha real y después de revistar D. Alfonso XIII la fuerza de voluntarios que le había tributado los correspondientes honores, dirigiéronse á Osborne Cottage, acompañados de la madre y del hermano de la reina Victoria, la princesa de Battenberg y el príncipe Alejandro, siendo aclamados con entusiasmo por la multitud que llenaba las calles.

Los reyes de Inglaterra han ido á Cowes á saludar á los soberanos españoles y para asistir junto con éstos á las famosas regatas organizadas por el *Royal Yacht Squadron*.

Comenzaron éstas por las del *Royal London Yacht Club*, que presenciaron los reyes de España y de Inglaterra desde los yates reales *Giralda* y *Victoria and Albert* respectivamente. La bahía de Cowes ofrecía un espectáculo hermoso sobre toda ponderación; el mar estaba cubierto de embarcaciones de todas clases, figurando entre ellas algunos buques de guerra ingleses. De las regatas del primer día, la que despertaba mayor interés era la de *schooners*, en la cual tomo parte el *Meteor*, del emperador Guillermo II de Alemania, que ganó el premio.



LOS REYES DE ESPAÑA EN COWES. - SS. MM. DIRIGIÉNDOSE EN AUTOMÓVIL AL ROYAL YACHT SQUADRON PARA PRESENCIAR LAS REGATAS. (De fotografía de Halftones Limited, 17 Fleet Street, E. C. Londres.)



LA REVOLUCIÓN EN RUSIA. — HELSINGFORS (FINLANDIA). LA POLICÍA DETENIENDO Á LOS INDIVIDUOS DE LA «GUARDIA ROJA.»

LA REVOLUCIÓN EN RUSIA

En los sucesos de Sveaborg, de que dimos cuenta en el número último, tomó parte principalísima la llamada «guardia roja», dirigida por el coronel Kock; para combatirla, reuniéronse algunos centenares de jóvenes voluntarios que adoptaron la denominación de «guardia blanca» y en el combate que se trabó entre ambas salió vencedora esta última, poderosamente auxiliada por los cosacos, siendo hechos prisioneros gran número de rojos que serán severamente castigados.

Los 230 diputados que firmaron el manifiesto de Viborg han sido procesados y se dice que serán tratados con gran rigor por haber excitado al pueblo ruso á la rebelión. También lo han sido 2.000 complicados en los acontecimientos de Cronstadt, en donde se sublevaron el regimiento de zapadores, buen número de soldados de la guarnición, varios marineros de guerra y multitud de obreros y revolucionarios de profesión. Los sublevados se apoderaron del arsenal y del más importante de los fuertes, el llamado Constantino, pero al fin fueron vencidos después de largo y sangriento combate.

En San Petersburgo parece haberse restablecido la normalidad y así lo demuestra el hecho de haber regresado los regimientos de la guardia al campo de Krasnoe-Selo para efectuar maniobras; el zar ha decidido pasar allí una gran revista, la primera que se efectúa desde la guerra ruso-japonesa, en la que figurarán 50.000 hombres.

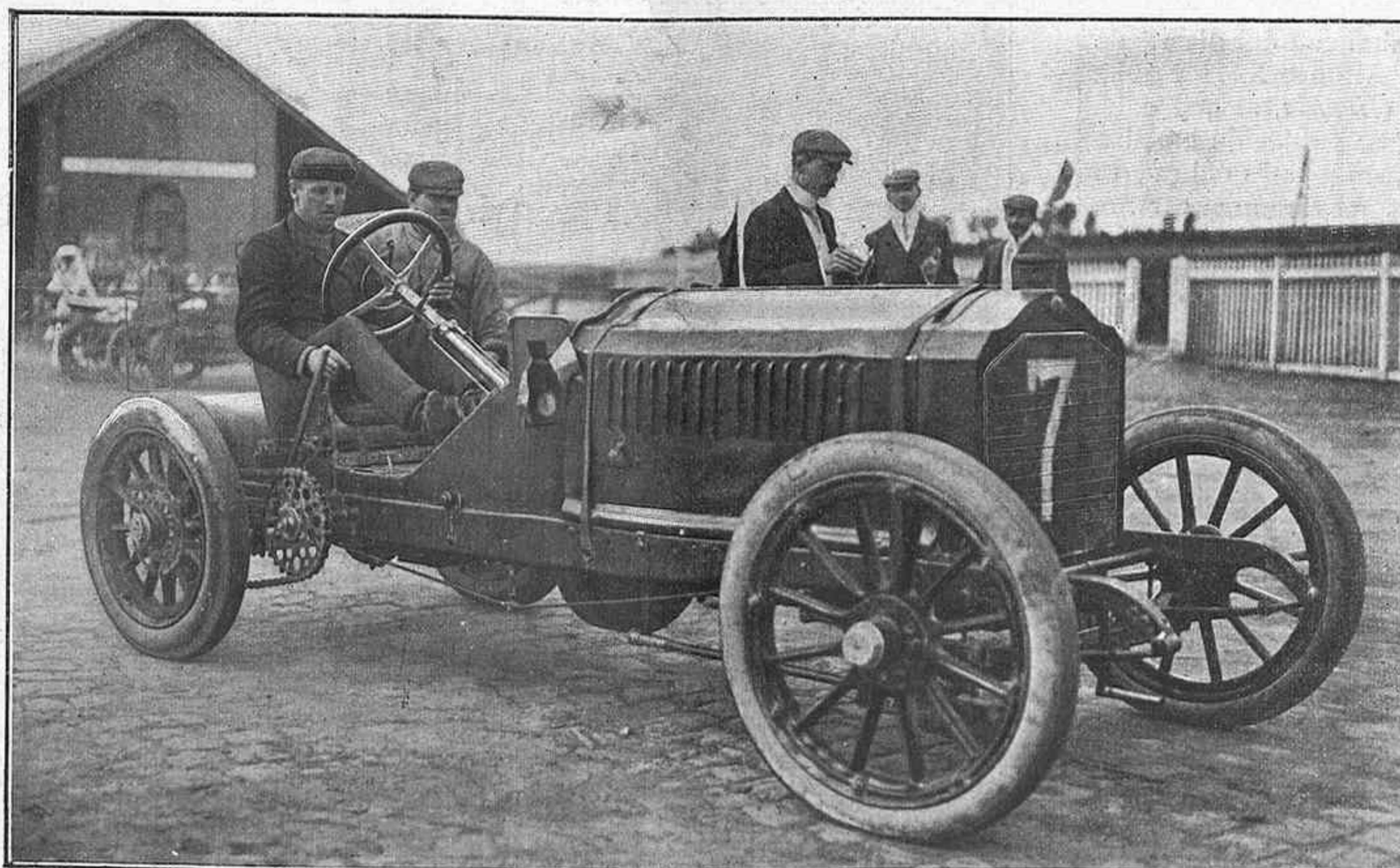
A pesar de todos esos síntomas relativamente tranquilizadores y de haber fracasado la huelga general proclamada en San Petersburgo y Moscú, dista mucho de haberse restablecido la tranquilidad en Rusia; todos los días, en efecto, se reciben de allí noticias de nuevos atentados cometidos por el partido terrorista, de nuevos chispazos de sublevaciones y de insubordinaciones militares, de huelgas y de motines, que demuestran que todos los rigores del gobierno de Stolypine no son bastantes á extinguir enteramente el incendio que desde hace tiempo viene incubándose en el imperio de los zares.

CONCURSO DE AUTOMÓVILES

EL CIRCUITO DE LOS ARDENNES

Este concurso se inauguró en 1902 y su objeto es probar la valía de los automóviles en una carrera sin parada y en un recorrido limitado, de 600 kilómetros, y en un tiempo mínimo de siete horas.

En el concurso de este año han tomado parte diez y ocho vehículos, doce de los cuales hicieron el recorrido en el tiempo reglamentario. Todos hicieron una carrera magnífica, sin ningún accidente desgraciado que lamentar, habiendo llegado á la meta por el orden siguiente: 1.º Duray (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 38 minutos y 39 segundos, lo que da una velocidad media de 106'300 kilómetros por hora; 2.º Hanriot (en un Mercedes, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 40 minutos, 31 segundos; 3.º Rougier (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 50 minutos, 11 segundos; 4.º Barillier (en un Brasier, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 50 minutos, 27 segundos; 5.º Gabriel (en un Lo-



DURAY EN SU AUTOMÓVIL LORRAINE-DIETRICH, VENCEDOR DEL CIRCUITO DE LOS ARDENNES RECIENTEMENTE EFECTUADO. (De fotografía de Branger.)



UNA PATRULLA DE LA «GUARDIA BLANCA» ORGANIZADA PARA COMBATIR Á LA «GUARDIA ROJA.» (De fotografías de «Photo-Nouvelles.»)

rraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 5 horas, 52 minutos, 14 segundos; 6.º A. Clement (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 2 minutos, 55 segundos; 7.º Sorel (en un Lorraine-Dietrich, con neumáticos Michelin), en 6 horas, 4 minutos, 38 segundos; 8.º Wagner (en un Mercedes, con neumáticos Continental), en 6 horas, 14 minutos, 50 segundos; 9.º Salzer (en un Mercedes, con neumáticos Continental), en 6 horas, 14 minutos, 50 segundos; 10.º Jenatz (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 15 minutos, 10 segundos; 11.º Villemain (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 32 minutos, 40 segundos; y 12.º Garcet de Vauresmont (en un Mercedes, con antiderapantes Samson), en 6 horas, 51 minutos, 37 segundos.

INCENDIO DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS

EN LA EXPOSICIÓN DE MILÁN

En la madrugada del 2 al 3 de los corrientes declaróse en el palacio de las Artes Decorativas de la exposición de Milán un violento incendio que destruyó totalmente el edificio en donde estaban las secciones italiana y húngara. A pesar de la prontitud con que se acudió á combatirlo, fué imposible dominar el fuego, quedando en pocas horas aquel palacio convertido en un montón de ruinas; la rapidez con que las llamas consumaron su obra destructora se explica teniendo en cuenta la clase de materiales que suelen emplearse en esas construcciones que se levantan con carácter provisional.

La destrucción del edificio es una pérdida relativamente de poca importancia; lo que constituye un desastre de gran magnitud es la desaparición de los millares de objetos, muchos de ellos preciosos y algunos de valor inestimable, que el palacio encerraba. Hungría tenía allí objetos de arte valiosísimos, en particular multitud de antiguas estatuas de bronce que han sido totalmente fundidas por el incendio. Pero las pérdidas verdaderamente irreparables las ha sufrido Italia. Entre los objetos desaparecidos merecen citarse los siguientes, que permiten apreciar lo terrible de la catástrofe: todos los documen-

tos pontificios originales relativos á la catedral de Milán; una carta del duque Juan Visconti, de Milán, de 1396, concediendo privilegio á la fábrica de aquel templo; cartas del duque de Sforza; un diploma de Luis XII rey de Francia, señor de Milán; tapices dibujados por Julio Romano; magníficos objetos de bronce, encajes de Venecia; toda la instalación de la casa editorial de música Ricordi, que comprendía, entre otros, todos los autógrafos de Verdi y de Ponchielli y las partituras originales de las óperas de este último compositor *Giocanda*, *I promessi sposi* y *Marion Delorme*; varios autógrafos y originales de Rossini, etc., etcétera. Para formarse concepto de lo mucho que se habrá perdido, bastará saber que el palacio incendiado ocupaba una superficie de 15.000 metros cuadrados.

Las pérdidas se calculan en seis millones de francos; pero téngase en cuenta que en esta cifra no puede comprenderse el valor inestimable de muchas de las cosas destruidas por el incendio. — R.

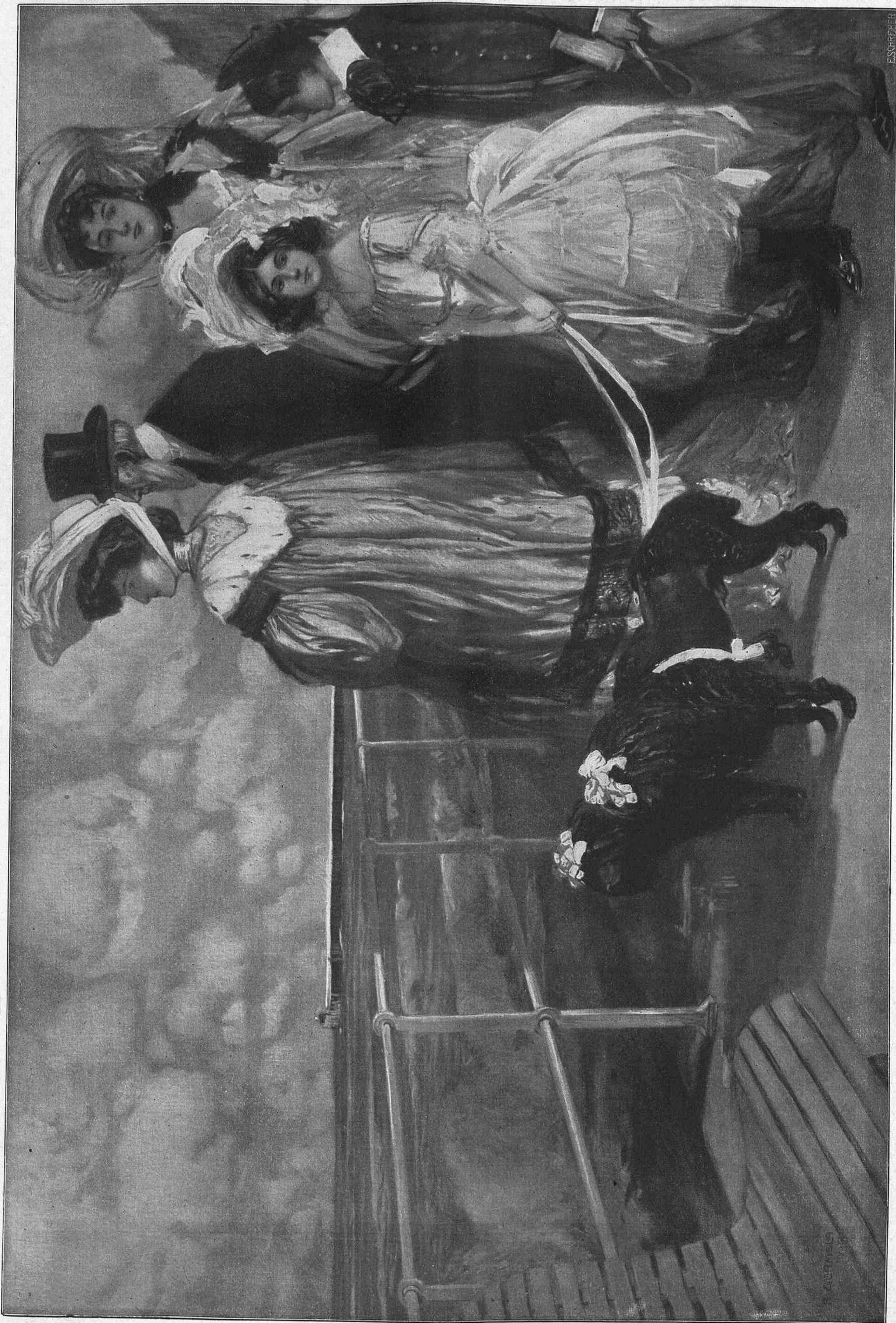


Vista del palacio de Artes decorativas en donde se produjo el incendio



Vista de las ruinas del mismo palacio después del incendio

MILÁN.—INCENDIO DEL PALACIO DE ARTES DECORATIVAS DE LA EXPOSICIÓN. (De fotografías de Hutin, Trampus y C.^ª)



EN LA PLAYA DE OSTENDE, cuadro de Raimundo Germela



BAILARINAS, cuadro de Luis de Langenmantel

UNA CASA EN UN ÁRBOL

La Reserva de los Mosquitos, que es una estrecha faja de tierra que corre a lo largo de la costa oriental de Nicaragua, en la América Central, no toma su nombre de los insectos alados que así se llaman, sino de los indios Moscos ó Mosquitos, si bien es cierto que con dificultad habrá un lugar en que tanto abunden aquellos insectos como en la citada costa. Tanto es así que en una localidad de aquellos contornos, á saber, en un afluente del río Escondido ó Bluefields, llamado Rama, abundan tanto los mosquitos y los miasmas palúdicos, que para precaverse de ellos el dueño de una hacienda ha creído que era prudente abandonar el sistema ordinario de albergarse y se ha construido un nido en lo alto de un árbol.

La citada propiedad se llama El Reposo y el nido consiste en un bungalow ó casa india erigida en un ibo, á setenta pies de altura sobre el nivel del suelo. Esa especie de árboles es muy fuerte y resistente y el bungalow en todos conceptos es tan cómodo y sólido como cualquier edificio de tierra firme. Tiene tres pisos construídos alrededor del tronco, que pasa á través del centro de cada uno de ellos á semejanza del mástil de un barco que atraviesa por las cámaras; además del tronco, el edificio está sostenido por cuatro soportes y otros tantos cables tendidos, que parecen unas patas largas y dan al conjunto la apariencia de una araña gigantesca.

El propietario entra en su extraña morada por medio de un ascensor primitivo, pero que funciona perfectamente.

La casa está muy bien amueblada, y una vez dentro, exceptuando el tronco del árbol, muy hábilmente disimulado, que pasa por el centro de cada habitación, nada hay que haga recordar al visitante que se halla encaramado en un árbol. Dispuesto el ascensor de modo que no pueda bajar, se encierra para pasar la noche el ingenioso constructor de esta habitación única en su clase, y es de presumir que gozará de un reposo y seguridad que ninguno de sus vecinos podrá disfrutar, justificándose así el nombre de la finca, porque además de no llegar tan alto los miasmas palúdicos, se halla también fuera del alcance de mosquitos, animales feroces, escorpiones, ciempiés y otras muchas plagas con que tendría que contender si la casa estuviera en tierra. No es la menor de las ventajas de este nido el verse libre de las culebras, que en aquellas regiones abundan mucho, así las venenosas como las que no lo son, y que con frecuencia penetran en las habitaciones.

- Mucho se ha escrito sobre Rembrandt y cuantos críticos en él se han ocupado proclámalo unánimemente como uno de los más grandes maestros del arte universal. El ilustre Taine lo juzga en los siguientes términos: «Rembrandt, libre de toda sujeción y guiado por la extraordinaria sensibilidad de



Una casa en un árbol, en la Reserva de los Mosquitos (América Central)

embargo hay tanta gracia, tanta elegancia, tanta armonía en esa obra, que la vista se deleita contemplándola, sin cuidarse de si es ó no trascendental, de si satisface ó no las exigencias de esos severos aristarcos que entienden que el arte sólo debe ponerse al servicio de grandes ideas ó de complicados sentimientos.

Labores campestres, cuadro de Eugenio Prati. - Si otros méritos no tuviera este lienzo, merecería de todos modos alabanza por la luz que lo inunda y por la admirable perspectiva del campo, cuya superficie se aleja hasta perderse de vista, confundiendo con el horizonte. Pero si el paisaje está hermosamente pintado no lo está menos ese grupo de mujeres entregadas á las faenas agrícolas; analícese una por una las labradoras y se verá que todas viven, que todas se mueven, que todas dicen algo. El artista no se ha limitado á pintar bien unas figuras, sino que ha sabido infundir en ellas el espíritu que las anima.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.-FRANCFORT. - El Museo Stadel ha adquirido por 122.000 francos un hermoso tríptico de Cranach, única obra del gran maestro alemán que tiene la firma completa de éste. El tríptico procede de la venta pública efectuada recientemente en París de la sucesión del tratante en objetos artísticos M. Molinier.

BERLÍN. - Un particular ha regalado á la Galería Nacional de Berlín un cuadro de Courbet, valorado en 36.000 pesetas.

NUREMBERG. - Después de tres años de trabajo, ha terminado la restauración del salón de las Casas Consistoriales de Nuremberg, que ha costado 350.000 pesetas, de las cuales más de 125.000 se han invertido en restaurar los antiguos frescos, algunos de ellos de Alberto Durero, operación que se ha realizado bajo la dirección del profesor muniquense Hæggemiller.

Necrología.-Han fallecido: Alberto Sorel, historiador francés, profesor de historia de la Escuela Militar de Saint-Cyr, académico, autor de muchas obras históricas importantes.

Juan Lorrain, notable novelista y dramaturgo francés.

Leopoldo Bode, pintor de historia alemán.

Carlos Schonherr, pintor alemán, profesor de la Real Academia de Bellas Artes de Dresde.

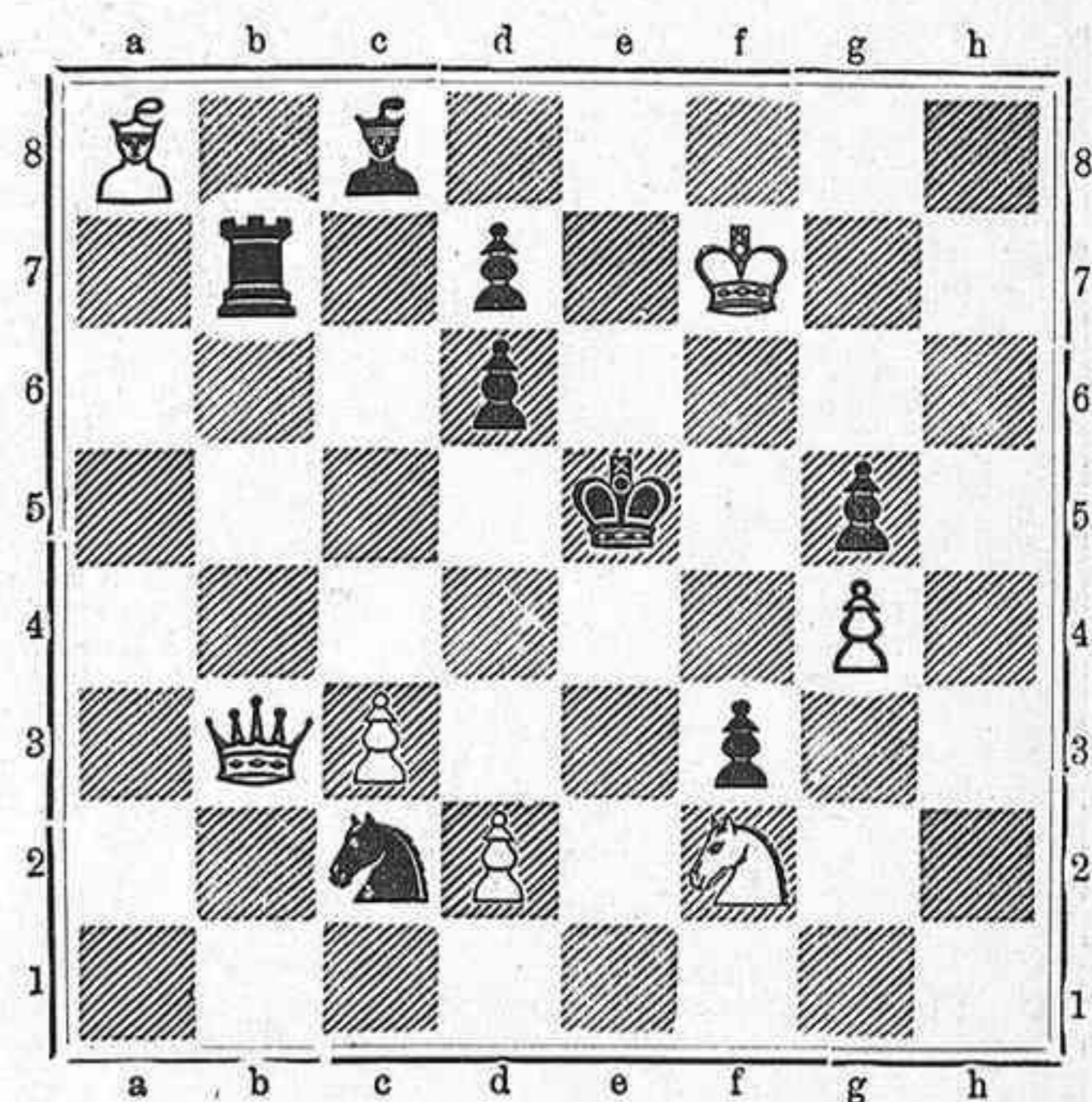
RECTIFICACIÓN

La notable é interesante fotografía que reproducimos en el número 1283 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, página 498, y que representa la suelta de las palomas mensajeras belgas en el Tibidabo, en el momento de emprender el vuelo, no es del Sr. Castellar, como equivocadamente pusimos al pie de la misma, sino del aficionado barcelonés D. JUAN SALART.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 435, POR V. MARÍN.

NEGRAS (8 PIEZAS)



BLANCAS (7 PIEZAS)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 434, POR V. MARÍN.

- | | |
|-----------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Dc1-f1 | 1. Rd5xc4 |
| 2. e2-e3 jaque | 2. R juega. |
| 3. D mate. | |

VARIANTES

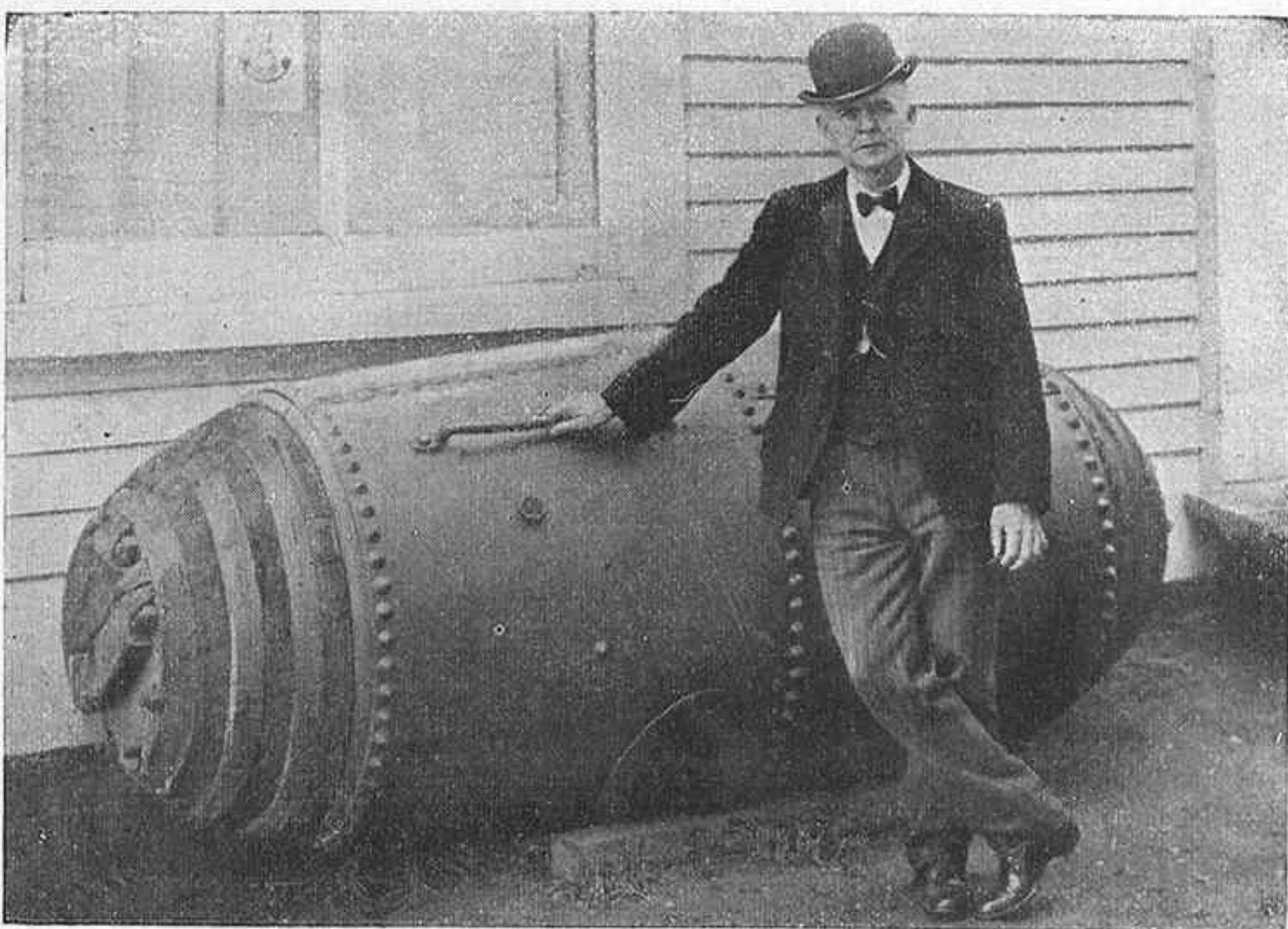
- 1.... Rd5-e5; 2. f3-f4 jaque, etc.
e6-e5; 2. e2-e4 jaque, etc.
Otra jugada; 2. e2-e4 jaque, etc.

AMBRE ROYAL Nouveau Parfum extra-fin. VIOLET, 29, Boulevard, Paris.

MR. LEACH,

QUE DESCENDIÓ LA CATARATA DEL NIÁGARA METIDO EN UN BARRIL

La estupenda catarata y los espumantes remolinos del Niágara parece que ejercen una fascinación sui géneris, con demasiada frecuencia fatal, sobre ciertos espíritus. Publicamos aquí la fotografía de Mr. Roberto Leach, natural de Bolton, junto al barril de acero dentro del cual atravesó los famosos rápidos ó remolinos de dicha catarata en junio de 1898. Mr.



MR. ROBERTO LEACH, natural de Bolton, con el barril de acero, en el que descendió la catarata del Niágara

Leach por dos veces realizó esa hazaña, primero en un barril de madera, la segunda en la especie de caldera que representa el grabado. Este macizo artefacto pesaba, después de lastrado, más de una tonelada, y en su interior se colgó una hamaca, en la que se acostó, durante el viaje, el intrépido aventurero. La segunda vez quedó muy magullado, pero no se fracturó ningún hueso.

En abril de 1899 descendió otra gran cascada, la de Cohoes, en el Estado de Nueva York, dentro de su barril de acero. La conmoción, al efectuarse la caída, fué tan grande, que se rompió el aparato de donde iba suspendido Mr. Leach, que por poco queda muerto. La sacudida recibida fué tal, que ha renunciado á dar más saltos en el barril y ha vuelto á dedicarse á su antigua profesión, bastante temible para el común de los mortales, la de aeronauta y buzo.

BELLAS ARTES

(Véanse los grabados de las páginas 537, 539, 544, 545 y 552)

Estudio para el cuadro «El Filósofo», original de Rembrandt.

sus órganos, ha podido representar del hombre no sólo la disposición general y el tipo abstracto que basta al arte clásico, sino también las particularidades del individuo, las infinitas é inextricables complicaciones de la personalidad moral, la impresión que en un momento dado hace asomarse á su rostro toda la historia de un alma y que únicamente Shakespeare con su admirable clarividencia ha sabido contemplar. En este concepto, es el más característico de los artistas modernos y forma el extremo final de una cadena cuyo extremo forjaron los griegos. La verdad de este juicio puede comprobarse en todas las obras del inmortal pintor holandés, y así en sus cuadros acabados como en sus estudios, si cabe más en éstos, según puede verse en el que reproducimos y que fué hecho para el soberbio lienzo que se conserva en el Museo del Louvre.

Las primeras azucenas, cuadro de Isabel Stanhope Forbes. - Pasó el invierno con sus crudezas y á los primeros besos primaverales despertó la naturaleza de su letargo; los árboles se poblaron de yemas prometedoras de ricos frutos y en la tierra empezaron á brotar las primeras flores, que con sus colores alegres y sus perfumes deliciosos son encanto y recreo de los sentidos. ¡Cuántos artistas, cuántos poetas se han inspirado en ese momento de delicia inefable! Y es que hay pocos asuntos que tan hondamente penetren en nuestra alma y para los cuales tan bien preparado se halle nuestro espíritu. La notable pintora inglesa Isabel Stanhope Forbes ha sabido sentir y expresar ese momento de una manera tan bella como original; la alegría de la primavera está en su cuadro, y para lograr este resultado le ha bastado hacer brotar entre la verde hierba unas cuantas azucenas y pintar tres juveniles figuras que á la vista de las modestas flores se detienen complacidas y risueñas admirando aquella primera manifestación de una vida que renace.

En la playa de Ostende, cuadro de Raymundo Germela. - Es este un lienzo de una verdad sorprendente. No ha tratado el artista de hacernos sentir la poesía de esas playas en donde se congrega la sociedad elegante de las grandes capitales; más bien parece que ha querido presentar una colección de retratos situándolos en un medio que se aparta de lo vulgar y corriente en ese género de pintura. Si es así, hay que confesar que ha triunfado enteramente, porque los personajes parecen ciertamente arrancados de la realidad y el escenario en que los ha puesto constituye un fondo grandioso que realza la belleza de las figuras y armoniza con la amplitud con que éstas están ejecutadas.

Bailarinas, cuadro de Luis de Langenmantel. - En materia de bellas artes no hay asunto, por frívolo que parezca, del que un pintor ó un escultor de verdadero talento no pueda sacar partido para un cuadro ó una escultura. ¿Puede darse nada más sencillo que la escena pintada por Langenmantel? Y sin

EN LA PAZ DE LOS CAMPOS

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE SIMONT

(CONCLUSIÓN)

Al pasar por el puente miró el agua. El río estaba amarillento y revuelto; aquel fin de septiembre era húmedo y, sin embargo, templado todavía. Aquella agua le interesaba.

Pero se proponía un fin y siguió su carrera. Entró en el bosquecillo que dominaba á Reteuil, se metió por la enramada en su observatorio, se echó en su montón de hojas secas y miró.

Al principio no vió á Jacobo, pero oyó su voz; el criado le respondía desde el jardín. Estaba, pues, allí, y Berta reflexionó entonces.

No veía ningún preparativo de viaje. La calma de las costumbres no se había alterado y esto la tranquilizó. En todo caso, no era para hoy.

Aquel plazo le pareció de una gran importancia y disminuyó su pena. Para los simples lo que no es inmediato casi no es real y puede no suceder.

Berta alimentaba así una esperanza, la de tener tiempo de ver á Jacobo, de presentarse á él... Puesto que no debía volver, no podría rehusarle esta suprema entrevista. Aquella perspectiva hubiera debido anonadarla y arrancarle las últimas lágrimas; y, á pesar de eso, hizo proyectos.

Aquel día peinaría sus pobres cabellos y se pondría su traje de los domingos, abandonado desde sabe Dios cuándo. Le estaría un poco ancho, sin duda, pero Sofía le pondría alfileres. Llevaría su gran cruz de oro, regalo del conde Juan, y, así adornada, le daría menos vergüenza. Además, no era más que su nodriza después de todo.

Y con los dientes apretados repetía mil veces:

—Su nodriza..., su nodriza...

Berta manifestaba en su mímica una superior ironía.

El tiempo pasó sin que Berta se diese cuenta. Dos ó tres veces vió á Jacobo, que abrió una ventana, miró al cielo, que estaba nublado, y se retiró dejando la ventana abierta.

Otra vez salió á la escalinata sin nada en la cabeza, raspó una losa con la punta de la bota y pareció discutir consigo mismo. Pero nada de aquello era para asustarla.

Jacobo entró en la casa, para almorzar, sin duda; Berta oyó un ruido de vajilla, pero no pensó que ella misma podría tener hambre.

A eso de las cuatro, Berta volvió á alarmarse; algo ocurría anormal. Jacobo bajó al jardín con su criado, el cual iba vestido como un caballero, según pensó Berta. Su amo le enviaba sin duda lejos para su servicio, acaso á París.

Y Berta repitió:

—Sí, á París.

Aquello era nuevo. Desde su observatorio, oyó á Jacobo dar las últimas órdenes.

—¿Tiene usted las cartas?... Las llevará usted esta misma noche; á las seis estará usted en París y ten-

drá tiempo... Es preciso que así sea, porque son urgentes.

—Sí, señor; y mañana, á las nueve de la mañana, estaré de vuelta.

y una sentencia de muerte en cada poste del camino y en cada tapia blanca.

Jacobo los miraba todavía para recoger mejor la extraña impresión que creía obtener de ellos. Él no era ya nada en el mundo, estaba borrado y olvidado. Los seres y las cosas rechazaban su memoria; había pasado.

Su boca se crispó é hizo un gesto como si hubiera probado alguna cosa amarga.

—¡Puah!, dijo.

Todas las decepciones, todas las mentiras y todas las traiciones que componían la historia de su vida le acudían á la garganta y le producían aquella náusea.

Le quedaba, sin embargo, algo que hacer.

Entró en la casa y, en la chimenea de una sala del piso bajo, encendió un gran fuego, que ardió en seguida chisporroteando; las paredes se tiñeron de rosa, y por los vidrios, incendiados á su vez, Berta vió aquel resplandor que la llenó de curiosidad.

Jacobo puso en medio de la pieza un cofre en el que hacía tres días estaba amontonando papeles y objetos sin fin determinado.

Primero fueron arrojados á las llamas los pergaminos de las dos antiguas familias cuyo último heredero iba á desaparecer; Valroy, Reteuil, los títulos, los contratos, los privilegios, se abarquillaron, se ennegrecieron y se redujeron á polvo rojo.

Su último propietario los vió desaparecer con los ojos secos y sin emoción; después vinieron los papeles íntimos, las cartas, los testimonios de los antepasados, del coronel de Bonaparte, de los suyos, del gran melancólico del segundo Imperio, de su mujer; y todo esto subsistía en el fuego un segundo para volar en humo. Pasado destruido.

En un rincón del cofre y envueltos en un pedazo de seda gris, había aún unos

papeles que Jacobo sacó con precaución; esta vez su mano tembló; era su vida lo que estaba allí dentro: cartas de sus padres, recibidas en el curso de sus viajes; cartas de Arabela, conservadas piadosamente.

Antes de desdoblar aquellos papeles por última vez, dudó si sumirse de nuevo en la horrible novela de perpetua mentira.

Pero su voluntad triunfó de esta última tentación, y las cartas de Arabela fueron á las llamas, que en el momento se avivaron, danzaron alegres y la pieza entera se iluminó magníficamente.

—¿Está todo?, preguntó con voz sorda.

Movió la cabeza y se respondió:

—No.

Lentamente, y esta vez como á pesar suyo, buscó en su bolsillo una carterita usada, sacó tres fotografías: una de niña con las piernas desnudas, otra de una joven más grave y un grupo: *Ella* y *Él* apoyados en la tapia del terrado.



Te he querido como una madre, Jacobo, porque soy tu madre...

El amo no pareció hacer caso de esta última afirmación.

Despidió con un ademán al criado y se creyó solo. Entonces se frotó las manos mirando á su alrededor.

Los campos, á lo lejos, se borraban en las flotantes brumas impulsadas por un blando viento de otoño; los bosques se afirmaban sin detalles por su masa violada; pero el aire era suave y la vida resultaba todavía soportable.

Por el camino circular, del lado de Taillefontaine, avanzaban grandes carretas cargadas de hierbas y lentamente tiradas por bueyes blancos uncidos de dos en dos; se veía salir humo de los tejados de la aldea; el gallo de la iglesia presentaba un punto brillante. Todo aquello respiraba paz y amistad.

Pero él veía aquella naturaleza y aquel paisaje hueraños, hostiles y amenazadores; había galopadas de espectros á través de los prados, recuerdos amenazadores colgados de cada rama, una orden de destierro

Las contempló un momento con los ojos turbados y murmuró:

—¿Para qué?

Aquella interrogación lanzada al vacío tenía muchos sentidos, pero podía resumirse en una fórmula única:

—¿Para qué he existido?

¡Ay! ¿Qué hubiera añadido si hubiera sabido la verdad?

Impacientemente por acabar, arrojó bruscamente las tres fotografías á reunirse en las cenizas calientes con las cartas de la que le mataba, porque era ella y no otra cosa.

Los cartones se retorcieron, y Jacobo vió subsistir un momento unas caras siniestramente alteradas que se resquebrajaron y desaparecieron, también aniquiladas.

En un último impulso, arrojó á la chimenea una porción de objetos distintos: cruces militares, flores secas, cintas descoloridas; estaba liquidando el pasado y el presente, su alma orgullosa y su corazón despedazado. Y todo aquello no fué más que polvo ó restos informes.

Miró en torno suyo en un supremo inventario. Nada había escapado de lo que tenía condenado. Entonces respiró. Lo más duro quedaba hecho.

Le pareció que estaba más solo, más desprendido y más alejado. En aquel retroceso juzgó al mundo con una gran dulzura.

Se dejó caer en una silla y reflexionó; el fuego seguía ardiendo y devorando los leños. Jacobo recapituló sus faltas, con gran pesar de haber herido corazones; su infancia había sido arrogante, imperiosa y sin caridad; su juventud egoísta y poseída de un solo deseo: Arabela. Fuera de ella nada había existido.

Su indiferencia por el resto de los seres había sido prodigiosa; lo reconocía. Hubiera visto morir sin pena real á todos los que le rodeaban con tal de que quedase Arabela.

Aquella era la venganza de la suerte, la justicia inmanente. Su amada le había abandonado, pero él no tenía ya valor, ni fuerza ni siquiera deseo de maldecirla. Como á todos los humanos, la perdonaba. Aquella mujer era, acaso, inconsciente é irresponsable, y, desde luego, de una mentalidad dudosa...

A sí mismo no se perdonaba. ¡Qué camino tan seco el suyo! No recordaba en sus primeros años ni un movimiento de efusión, ni una impresión de sensibilidad.

Su recuerdo se detuvo en Berta. ¡Pobre nodriza! Adicta hasta lo extraordinario, su ternura le molestaba en otro tiempo y la encontraba humillante por venir de tan bajo... La había apartado de su camino y rechazado duramente, hasta el punto de que había desaparecido y héchose invisible para seguirle con los ojos.

¿Por qué no habría venido como se lo pidió á Garnache? No se había atrevido, sin duda, temiendo todavía algún sofión del orgulloso señor... Había hecho mal. La hubiera acogido dulcemente y le hubiera dado las gracias por sus constantes afecciones y por su fidelidad, pagada con ingratitudes.

Remontó hasta su infancia y recordó el pabellón del guarda y, después, su enfermedad... Ya en aquella época, Berta...

En este momento se creyó juguete de una alucinación, sin poder conocer si era evocación del pasado ó visión real lo que tenía ante él...

Maquinalmente, sus miradas se habían dirigido á la ventana, cuyos vidrios ensombrecía ya el crepúsculo.

En aquella pieza, desocupada hacía años, no había visillos ni cortinas. De pronto, vió detrás de los vidrios, como en los días febriles de su enfermedad, una cara siniestra y lívida, cuyos ojos ardientes y locos estaban fijos en él y le devoraban á distancia.

Corrió entonces á la puerta, la abrió y salió gritando:

—¡Berta!

La mujer trató de huir, pero él la volvió á llamar:

—¡Berta!

La loca se detuvo indecisa, y después volvió pies atrás, como un niño cogido en falta que teme que le regañen, y se quedó temblando á dos pasos.

Jacobo la miró.

Tenía cien años; era una salvaje ó una depravada, dominada por la idea fija. Su persona contaba su historia.

Ante aquel desarreglo y aquella decrepitud, Jacobo se conmovió á su vez, y la vaga lástima que sentía por aquella mujer se agrandó y se coloreó.

—¿Qué hacías ahí?

Como su voz era dulce y sin cólera, Berta sonrió, y aquella sonrisa fué horrible; quiso responder y no encontró las palabras.

—El fuego..., las llamas..., he tenido miedo... y he venido.

Jacobo comprendió que los resplandores del incendio la habían atraído é infundido temor; y aquel miedo era una de las formas de su cariño.

Estaba asombrado.

Ella, mientras tanto, le contemplaba en aquel crepúsculo, le inspeccionaba de alto á bajo y se llenaba de él los ojos.

Aquel examen le hubiera irritado profundamente en otro tiempo; pero, curado de las vanidades terrenales, se prestó á él con tristeza. Berta murmuró:

—¡Jacobo!

Y él respondió:

—¿Por qué no has venido?

La mujer le miró con sorpresa, sin comprenderle. Él siguió diciendo con paciencia:

—Sí, había encargado á Regino que te dijese que vinieras.

Berta dijo: ¡Ah! y abrió las manos para manifestar su ignorancia.

—¿No te lo ha dicho?

—No.

En aquella negación había gran energía.

Después de un momento de silencio, Berta añadió:

—Hubiera venido, pero más maja que ahora... con mi traje azul.

Y con dos dedos desdeñosos se cogía los harapos, sintiendo seguramente haber sido sorprendida con tan mala ropa. Aquellas preocupaciones infantiles denunciaban una vez más la pobreza de su alma.

De pronto se aproximó.

—¿Es verdad?, dijo tímidamente.

—¿Qué?

—Que Reteuil está vendido, que se va usted á marchar, que ya no le veré más...

Aquellas frases, largo tiempo comprimidas, se le escapaban. Jacobo vaciló... ¿Lo diría todo? ¿No valía más despedirla con buenas palabras que serían otras tantas mentiras? Pero hacía años que Jacobo tenía horror á la mentira; y, además, á medida que hablaba olvidaba aquella presencia y hablaba una vez más consigo mismo.

—Sí, respondió, es verdad... ¿Qué quieres?... Es preciso. Había que pagar las deudas de mi padre y no dejar una mancha en un nombre hasta hoy intacto... y que va á acabar.

Berta comprendía confusamente, pues estaba poco al corriente de las historias financieras; pero se sublevó ante la idea de que Jacobo pagase las deudas de un Valroy y se privase de todo por el honor de aquella familia. Aquello le parecía injusto, grotesco y desesperante.

Sin pensar más en ella, Jacobo continuó diciendo con las pupilas fijas en la línea del horizonte:

—Vendido Reteuil, no queda nada..., adiós todo...

¿Se puede vivir después de lo que he sufrido y cuando allá, al otro lado de la vega, vive en la casa que fué mía la mujer á quien he amado, casado con uno de mis verdugos? No tengo ya más que recuerdos que hacen gritar... Estoy solo, pobre y maldito. Agarrarme á la existencia sería una cobardía... Nodriza, tú, que has vivido en estos muros y formado parte de esta familia, debes saber que fué en esa escalinata donde mi bisabuelo se pegó un tiro antes que rendirse; debes saber que fué por aquella ventana por la que mi abuelo se arrojó por repugnancia de una vida demasiado monótona... Lo que no sabes es que mi misma madre se mató; he adquirido la certeza de ello... Ya ves que es un mal hereditario y contagioso; es el consejo de los que se han marchado á los que quedan, el consejo de seguirles... Oigo sus voces y voy hacia ellos... Y más vale que sea así.

Tantas palabras apresuradas y sonoras aturdirían á Berta, que no lograba comprenderlas á pesar de su atención apasionada. Hacía tanto tiempo que no escuchaba las palabras humanas, que era ya un esfuerzo y casi un sufrimiento el distinguirlas.

Y además Jacobo hablaba esta vez lo mismo al viento, á los árboles, á los muros y á sí mismo que á la mujer ansiosa que tenía delante. El joven concluyó:

—Celebro que hayas venido para verte por última vez y decirte que si he sido duro é ingrato contigo en mi infancia, ahora lo siento; qué habrás tenido en el último momento un buen puesto en mi corazón..., y que si no hubiese más que buenas personas como tú, tu marido y tu hijo, me costaría más trabajo morir.

Esta última palabra se le quedó á Berta en el oído, y ya alterada, exclamó:

—¿Morir? ¿Quieres morir?

Jacobo comió el error de no fingir; pero no sabía...

—Ya te lo he dicho; es el único partido que me queda... y el que más me gusta.

Esta respuesta confundió todavía á Berta, que repitió:

—¿Quieres morir?

Esta vez, Jacobo se contentó con hacer una grande y melancólica afirmación con la cabeza, y Berta, que comprendió ese lenguaje, exclamó desesperada:

—No quiero..., júrame que no es verdad..., no quiero..., no tienes derecho... ¿Y yo? ¿Y yo?

Cayó de rodillas y estrechó su cintura con frenéticos brazos, levantando hacia él sus ojos espantados y llenos de lágrimas. Y su negra boca seguía vociferando y tuteándole como en otro tiempo:

—¿Qué es lo que dices?... Tu padre, tu abuelo y los otros... ¿Qué puede importarte todo eso?... Déjalos donde están. Tú eres joven y hermoso..., tú eres tú... ¿Acaso se muere á tu edad y voluntariamente? ¡Jacobo, Jacobo, yo te lo prohibo!

A pesar de su complacencia, el vizconde se iba cansando y trató de desprenderse, pero no pudo; hubiera tenido que emplear la fuerza. Entonces quiso convencer á aquella demente.

—Tú me olvidarás, Berta. Pero en nuestras familias somos solidarios, es decir que los hijos pagan por los padres... La nobleza conserva todavía...

Berta le soltó, se levantó de un salto y se echó á reír. En seguida, separando los cabellos grises que le caían por la cara, dijo con fuego:

—La nobleza, tu padre, el contagio..., basta, todo eso es estúpido. ¿Es por eso por lo que quieres morir? Pues bien, no morirás; volverás á nuestra casa á ocupar tu puesto. Escúchame, escucha lo que te digo; es claro porque es verdad; Jacobo, tú crees entonces que una nodriza podría quererte como yo te quiero... Tú, que todo lo sabes, no conoces nuestros corazones. Te he querido como una madre, Jacobo, porque soy tu madre... ¡Ah! ¡Ah! Todavía me crees loca... Jacobo, tú te llamas José y José se llama Jacobo... Sí; yo lo he hecho todo... Te puse en lugar del otro para que tuvieses dinero, nobleza y todos los bienes de la tierra. Pero puesto que la nobleza te dice que te mates, puesto que no tienes más que desdichas, puesto que me he engañado en mi esperanza, vengo á decirte la verdad. ¡Eres mi hijo! Ahora vas á vivir...

Ninguna estupefacción, ninguna confusión son comparables á las del joven ante aquellos clamores reveladores.

Por un instante, midió el horizonte que se le ofrecía y lo admitió; Berta decía la verdad: él era su hijo y el de Regino... Entonces el conde Juan..., la condesa Antonieta..., la señora de Reteuil... ¿Debía arrojárselos de su corazón? No solamente eso; él mismo...

Se encogió de hombros; no era posible. Después creyó comprender que aquella supuesta revelación era una abnegación sublime de su nodriza para salvarle rompiendo la línea de nobles trágicos. Admiró la sublime invención de aquella alma inferior y respondió:

—Pobre Berta, gracias, te comprendo; tu pobre y sincero corazón te ha inspirado eso..., pero es inútil. No llores; tienes á José que vale más que yo; tienes á Regino y á todos los tuyos...

Berta sollozaba, envejecida y lastimosa.

—¡No me cree! ¡No me cree! ¿Por qué quieres que te lo jure? ¿Es asombroso que una madre cometa un crimen por la dicha de su hijo?

Jacobo cerró los ojos y palideció un poco. ¿Si fuese verdad, sin embargo? El, el hijo de aquella mujer... y de Regino... y lo demás robado... Su repugnancia por la tierra creció todavía. Una mentira más; todo era mentira.

Después, sondando su corazón y consultándose en un último movimiento de orgullo, se negó ese origen. Se sentía Valroy y Reteuil de pies á cabeza, con sus virtudes y sus vicios, sus glorias y sus tachas. El joven saludó á los antepasados que se trataba de hacerle renegar.

Y para no matar á aquella mujer herida en el corazón, no la desmintió y respondió simplemente:

—Si es verdad, es una razón más para acabar..., pues soy el personaje más inconsistente y con menos razón de ser del mundo; soy una mentira viviente.

Berta volvió á caer de rodillas en la arena mojada, murmurando:

—¡Esto es lo que he hecho!

Jacobo añadió:

—Aunque así fuera. ¿Quién lo creería?

Y dijo todavía más bajo:

—Además, ¿qué ventaja?...

Y por fin:

—¡Adiós, Berta!

—¡Soy tu madre!

Jacobo consintió por caridad, puesto que iba á morir.

—¡Adiós, madre!

Berta dió un grito que era á la vez de desesperación y de entusiasmo, y le tendió los brazos.

Pero el joven se había ya metido en el castillo y Berta le oyó echar la llave y los cerrojos.

La noche había cerrado.

Berta atacó las puertas y las ventanas á puñetazos, llamando:

—¡Jacobó! ¡Jacobó!
Nadie respondió.

Entonces, al pensar lo que pasaba detrás de aquellos muros, en aquella casa cerrada, agotada de emociones, de fatiga y, acaso, de inanición, Berta perdió el sentido y se desplomó de bruces en la hierba.

Cuando cesó todo ruido, se abrió una ventana del primer piso. Jacobo asomó la cabeza é investigó con una mirada las sombras del jardín y del camino. No vió nada y dijo en voz alta:

—Se ha marchado.

La ventana se cerró silenciosamente. Dos minutos después sonó un tiro. El último de los Valroy-Reteuil se había alojado una bala en el pecho.

La detonación despertó á Berta de su desmayo; la mujer se puso en pie de un salto, levantó los brazos al cielo, aulló la muerte y la locura y echó á correr hacia las casas de los hombres para buscar socorros.

En su habitación de la infancia, Jacobo yacía en el suelo trazando un ademán sin esperanza; la lámpara ardía en la mesa; por la puerta abierta se veía el corredor donde, treinta años antes, el conde Juan besó á Berta al pasar.

Aquella existencia estaba terminada: ninguna había sido jamás tan falsa y tan ficticia; nunca actor de comedia ó de drama había tenido que desempeñar un papel más complejo y más vacío bajo las apariencias.

Hacia las tres de la mañana, la lámpara se apagó.

La noticia de aquella muerte trágica fué acogida diversamente.

En Valroy, Gervasio fué el encargado de advertir á Arabela. El marido no cabía en sí de gozo; la muerte de un enemigo es siempre una fiesta.

Quería juzgar así una vez más los verdaderos sentimientos de aquella esposa enigmática á la que miraba á veces con desconfianza. La encontró cerca de las cocinas, en un corredor muy claro, y le soltó la noticia:

—Jacobó se ha matado ayer noche.

Bella se apoyó en la pared, palideció ligeramente y sus narices se dilataron; pero se repuso y dijo con voz tranquila esta breve oración fúnebre:

—En el punto á que había llegado, era lo mejor que podía hacer.

Gervasio conoció la dicha sin mezcla. Desde ese día Arabela fué colmada de atenciones, tuvo la llave de la caja y dirigió la casa á su voluntad.

Cuando se conoció la noticia en la granja, al acabar de almorzar, padres é hijos, amos y criados bebieron alegremente á la extinción de las aristocracias.

—La cosa sería completa, dijo Hilario, si nos hubiera quedado Reteuil.

En el pabellón, Berta, la loca, fué la que advirtió á Garnache y á Sofía por retazos de frase y palabras incoherentes. Los dos enjugaron una lágrima y evocaron los desaparecidos; pero se ocuparon en acostar á la infeliz que deliraba y cuyos miembros temblaban de fiebre.

—¿Qué vamos á hacer?, dijo Regino á Sofía; ahora cae mala y tenemos que mudarnos dentro de cuarenta y ocho horas...

—Nos la llevaremos; no es lejos.

No lo era, en efecto, porque Balvet había ofrecido á los desterrados un rincón libre de su cabaña, y éstos habían aceptado, pues José les instaba y era además su deseo. Estarían todos juntos; en invierno tendrían más calor; en verano abrirían las ventanas; en todo tiempo su vida sería buena.

La muerte de Jacobo conmovió á José á causa de los recuerdos de su infancia; pero pronto se distrajo trabajando.

Jacobó fué enterrado en el cementerio de la aldea. De toda su persona una sola cosa era cierta y auténtica: que había nacido en aquella comarca.

El marqués Godofredo, llegado expresamente de la ciudad, siguió con la cabeza descubierta el ataúd, llevado en hombros en medio de la lluvia; estaba casi solo, con Balvet, Regino y José y unas cuantas mujeres curiosas. El cura no fué por tratarse de un suicidio.

Pasó una semana. Regino se había llevado su mujer, sus muebles y sus efectos á casa de Balvet; todos vivían juntos, lo que era para ellos un consuelo.

Berta deliró durante tres días y gritó frases absurdas que hacían encogerse de hombros hasta á los que la querían. Era, en verdad, demasiado amor al vizconde; se veía que ella, á su vez, iba á morir.

En el tercer día la fiebre desapareció y Berta, lúcida, reconoció á los que la rodeaban, pero se quedó muy postrada. Rehusó todo alimento y toda bebida y el médico sospechó que había formado en su mente alguna resolución funesta.

—Hacedla comer y beber..., si no...

No acabó la frase, pero su gesto dijo bastante. La suplicaron, y ella fingía dormir para no ser importunada. Cuando la dejaban sola un minuto, abría los ojos, que brillaban como faros en aquella cara cada vez más demacrada.

No pedía ninguna noticia; le habían dicho que Jacobo reposaba al fin en el cementerio; y tenía, sin duda, prisa por ir á reunirse con él.

Regino, en pie junto á la cama, se estaba mirándola horas enteras; Sofía la cuidaba, pero ninguno de ellos tenía influencia sobre ella.

José dejaba con frecuencia su trabajo para ir á verla; pero creyó notar que el verle le causaba una especie de terror que aumentaba su fiebre. Entonces disminuyó sus visitas, lamentando que su madre continuara no queriéndole, ni aun en los últimos instantes.

Berta se debilitaba sensiblemente.

Una noche, José, sentado en un sillón viejo al lado de la cama de la enferma, luchaba con el sueño; de vez en cuando su cuerpo se erguía de pronto y echaba una mirada aguda, aunque vaga todavía, al cuerpo acostado que distinguía en la sombra. La enferma estaba tranquila.

En la chimenea ardía una lamparilla de campo en un vaso de aceite; un reloj de pared cortaba el silencio con su ruido acompasado; en el exterior ningún murmullo, ningún aliento turbaba la inmensa noche que arrastraba su manto negro en la paz de los campos. La muerte no es más silenciosa.

Después de asegurarse de que su madre descansaba tranquila, José resistió todavía desesperadamente el asalto del sueño, pero acabó por sucumbir. Al cabo de un rato se despertó sobresaltado. Una voz decía:

—Señor vizconde.

José, despierto en seguida, se aproximó á la cama:

—Señor vizconde.

Y, al hablar, se dirigía á él y le miraba con ojos extraños; era evidente que hablaba con él.

—Vamos, madre, cálmese usted y trate de dormir... No soy el vizconde; soy José.

Al decir esto le cogió la mano pensando en el delirio ó que una fiebre intensa se había apoderado de ella... Con gran asombro suyo, aquella mano ruda y seca estaba fría y el pulso era apenas perceptible.

Berta, al verle en pie delante de ella, se estremeció y dijo con voz débil, pero todavía bastante fuerte para hacerse oír:

—Perdón, señor vizconde.

José empezaba á asustarse.

—Vamos á ver, madre, ¿qué hay? No me conoce usted; soy José...

La enferma designó con un dedo un vaso de agua y alcohol que había en la mesa, y dijo:

—Démelo usted...

José le dió el vaso y la sostuvo para que bebiera. Berta, que de ordinario rehusaba una cucharada, se lo bebió de un trago; en seguida se puso menos pálida y su voz se afirmó.

—Siéntese usted ahí, en la butaca, y, diga yo lo que quiera, déjeme hablar sin interrumpirme. No estoy loca ni deliro. Mañana estaré muerta..., pero antes debo confesar... y decir á usted... Siéntese...

José, confundido, obedeció maquinalmente; tenía el presentimiento de que la hora era grave y de que iba á oír algo inaudito. Con la cabeza baja, se quedó inmóvil y dijo:

—Ya escucho.

Berta siguió diciendo:

—José, no se llama usted José Garnache, sino Jacobo de Valroy; el que ha muerto era mi hijo.

Ante aquella afirmación brutal, José dudó una vez más de la razón de aquella á quien llamaba madre; pero ella le explicó sus palabras de un modo que no por ser extraño dejaba de ser razonable; Berta le dijo:

—La historia es sencilla; bastó un minuto para que mi hijo le reemplazase á usted en la vida como en la cuna. Por esto no le quería á usted y le amaba tanto á él. Todo lo hice para que fuera feliz, y ya sabe usted si lo he logrado... Pero existe usted, que tenía todos los derechos á la fortuna, á la nobleza y á los goces de la existencia... En vez de eso, ha sido usted un campesino pobre, mal vestido, mal peinado, corriendo por los caminos en todos los tiempos; ha sido usted el hijo de Berta y de Garnache y ha encontrado, á veces, dura la vida. ¡Ese es mi crimen! Le he robado á usted su destino para dárselo á mi hijo. Por esto le digo ahora: perdón, señor vizconde...

A medida que Berta hablaba, las nubes se amontonaban y se disipaban en el cerebro del que seguía siendo á pesar de todo José Garnache. El joven no dudaba. Aquella moribunda ni divagaba ni mentía. Ciertos recuerdos personales, ciertas observaciones antiguas, y sobre todo, el cariño de Berta por el hijo del castillo y su indiferencia para él, constituían un conjunto de pruebas que acababan por convencerle.

Con aquella explicación, la vida de Berta se iluminaba y se aclaraba; sin ella, era incoherente y absurda.

El pobre muchacho, tentado un momento por el orgullo, buscó en el fondo de su ser la huella de algún noble sentimiento que revelase su origen. Pero no encontró nada más que un poco de justicia y una gran bondad, que le venían más bien de su amor á los seres y de los consejos panteístas de la selva.

Tuvo que reconocer que la inteligencia superior de una raza no se transmite fatalmente con la sangre, y que hacen falta además circunstancias y medios para desarrollar el alma de los hombres, como la naturaleza de las plantas.

Sintió después un poco de cólera al pensar en lo que hubiera podido ser; pero su buen sentido le inspiró que si sus comienzos en la vida hubieran sido semejantes á los del vizconde imaginario, también lo hubieran sido las consecuencias, y él sería ahora quien, después de mil sufrimientos y vergüenzas, estaría en la hoya con el pecho ensangrentado.

Esta idea le hizo estremecerse; no tenía nada que sentir en la comparación; se felicitó de vivir y prefirió cándidamente su suerte.

Entonces, extendiendo la mano, un poco alterado á pesar de todo, y más solemne que de costumbre, dijo como una absolución:

—Si dice usted la verdad, vaya en paz; la perdono.

Berta dió un ligero grito, que era su última alegría, y se quedó callada. José continuó:

—Pero que esto quede entre los dos; no hablemos de ello á nadie, porque mi padre y mi tía se morirían de pena. Seguiré siendo para todo el mundo lo que usted me ha hecho; y por otra parte, ¿quién querría creer?... Cuanto más reflexiono, más creo que me ha ahorrado usted no pocas penas, sin quererlo, es posible, pero ciertamente. Si en realidad hubiera yo sido el vizconde de Valroy, ¿dónde estaría hoy? Donde él...

Berta, al oír esta evocación, lloró silenciosamente. Su corazón seguía siendo del otro. José continuó:

—No sé si debería dar á usted las gracias. Tengo una mujer y unos hijos...

Berta le interrumpió con un gesto de dolor.

—¡Oh! Sí, él tendría todo eso y viviría como usted... Yo no lo he querido.

José vió en esa frase una reticencia y un pesar que le entristeció.

Aquella mujer sentía visiblemente que no fuese él el muerto y el otro el que sobreviviera. Esto le hizo endurecerse contra su emoción.

Pero Berta tenía todavía que hablar; una campesina no se va sin recomendar su dinero.

—Después de mi muerte encontrará usted en mi saco diez ó doce mil francos. Tómelos usted sin escrúpulo, Jacobo, porque vienen de su padre el conde Juan... Pero esto está tan lejos que se ha borrado.

El joven hizo un gesto vago, no queriendo profundizar; aquella mujer seguía siendo para él su madre, á pesar de sus convicciones.

Le daba un vértigo el pensar en aquel pasado tan lleno de hechos que él no había comprendido.

Su nuevo personaje le espantaba; y como conclusión sintió haber sabido.

Por fin, la moribunda dijo aún:

—Esto hay, señor vizconde. Cuando piense en mí, no me maldiga; he sufrido tanto, que merezco lástima...

Era tan desgraciada, que el corazón del joven estalló en un sollozo.

—¡Madre! ¡Madre!

Berta sonrió.

—¿Todavía? Gracias.

—¡Para mí, siempre!

La mujer cerró los ojos y se extendió por sus facciones una gran serenidad. Estaba absuelta.

Desde entonces, no dijo una palabra más.

Al día siguiente, á las doce, Berta Minou, mujer de Garnache, murió sin sufrimiento. En el último momento vagó un nombre por sus labios blancos, como un suspiro:

—¡José!

Regino, mucho después, repetía con frecuencia:

—Decían que no quería á su hijo..., pues lo último que dijo fué su nombre...

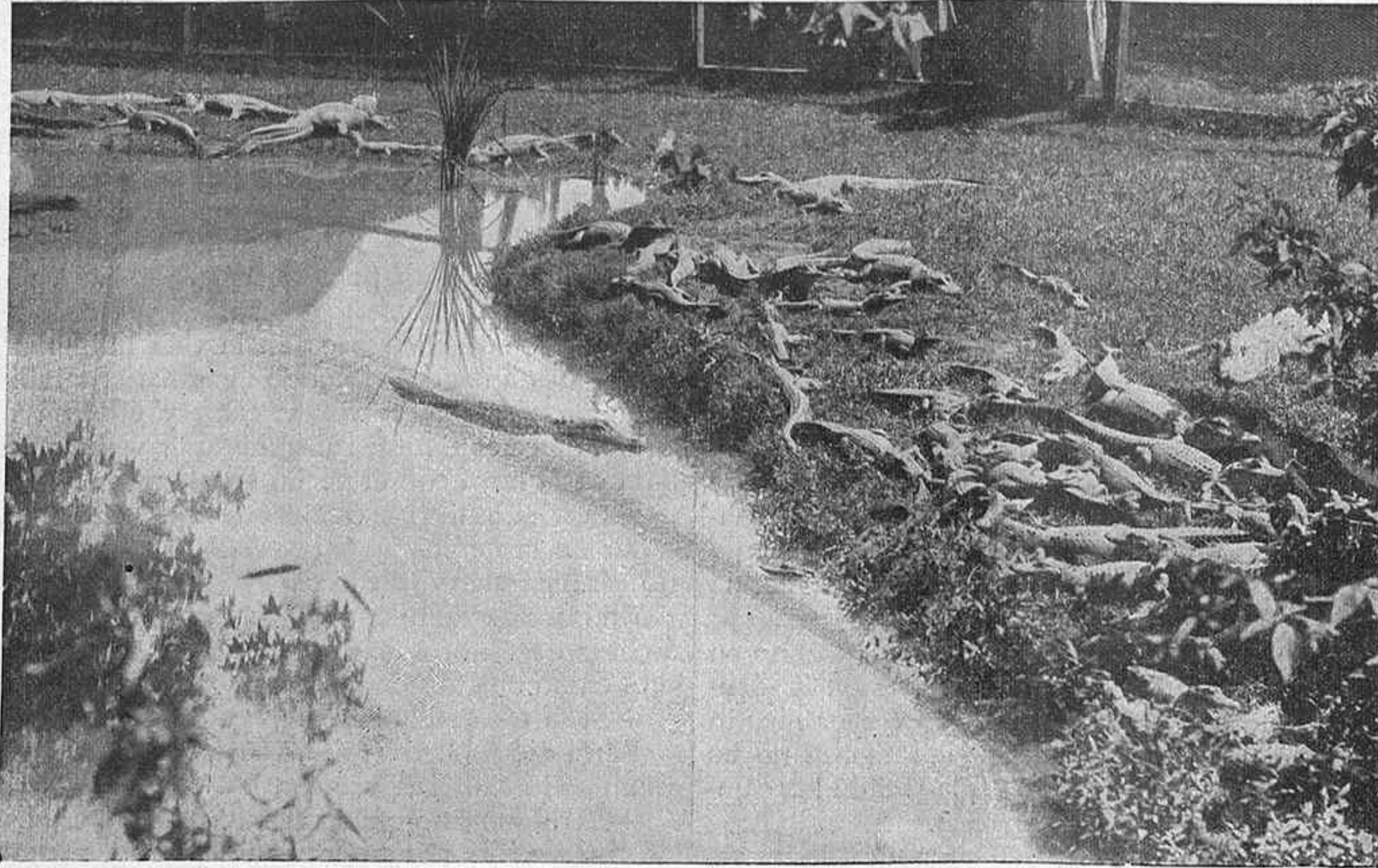
Pero el hijo seguía dudando, pues había, para Berta, dos que llevaban ese nombre. Confesada su falta en el umbral de lo desconocido, acaso llamaba á aquel hijo, tan trágicamente querido y con el que iba á reunirse, con su nombre verdadero, con ese nombre que no había llevado en vida.

Durante algunos años, José guardó en el corazón su pesado secreto. Sin embargo, después de morir Regino, el joven aventuró algunas veces esa tímida confidencia, y todavía terminaba siempre su fantástica historia confesando que, después de todo, no sabía bien cuál era en ella la verdad exacta.

UN CRIADERO DE CAIMANES

Debido á la incesante persecución que sufren, muy pronto quedarán exterminados los caimanes en los

rables para criar con éxito esos saurios. El buen resultado que desde el principio tuvo su empresa le ha permitido extender su negocio, y hoy su criadero ocupa una gran extensión de terreno donde siempre



Vista general del criadero, donde hay siempre disponibles de 500 á 800 caimanes

Estados del Sur de la confederación norteamericana, y como ya ha sucedido con el bisonte, tendrá el gobierno antes de poco que dictar medidas que los protejan si se quiere evitar su desaparición.

Hasta hace pocos años, la caza del caimán era únicamente un deporte, pero la gran demanda que actualmente se hace de sus pieles para satisfacer caprichos de la moda, ha traído consigo que se les mate sin tasa ni medida. Puede fácilmente apreciarse la magnitud de esa demanda por el siguiente dato: de 1890 á 1900, según la Comisión de Pesca de los Estados Unidos, en el solo Estado de la Florida fueron muertos tres millones de caimanes, y aunque son extraordinariamente fecundos, á ese paso no pueden tardar mucho en extinguirse.

Comprueba el hecho de su creciente disminución el aumento constante del precio de sus pieles sin curtir y el empeño grande que demuestran algunos industriales emprendedores en imitarlas con otras de menos precio. Aunque muy hábilmente preparadas, las falsificadas no pueden sufrir comparación con las verdaderas, ni á la vista ni por su duración.

También se buscan con afán los dientes para hacer con ellos objetos caprichosos y raros que alcanzan, por lo tanto, buenos precios, pagándose á diez chelines y más la libra.

Únicamente los caimanes de cierta edad y tamaño tienen valor para el cazador comercial, y si se tiene en cuenta que uno de dos pies de largo cuenta por lo menos quince años de edad y uno de doce ha de tener de 75 á 150, se comprenderá que si continúa la matanza en las actuales proporciones, el atrapar un animal cuya piel merezca la pena de exponerse á los peligros de cazarlo será muy raro y que la piel valdrá su peso en oro.

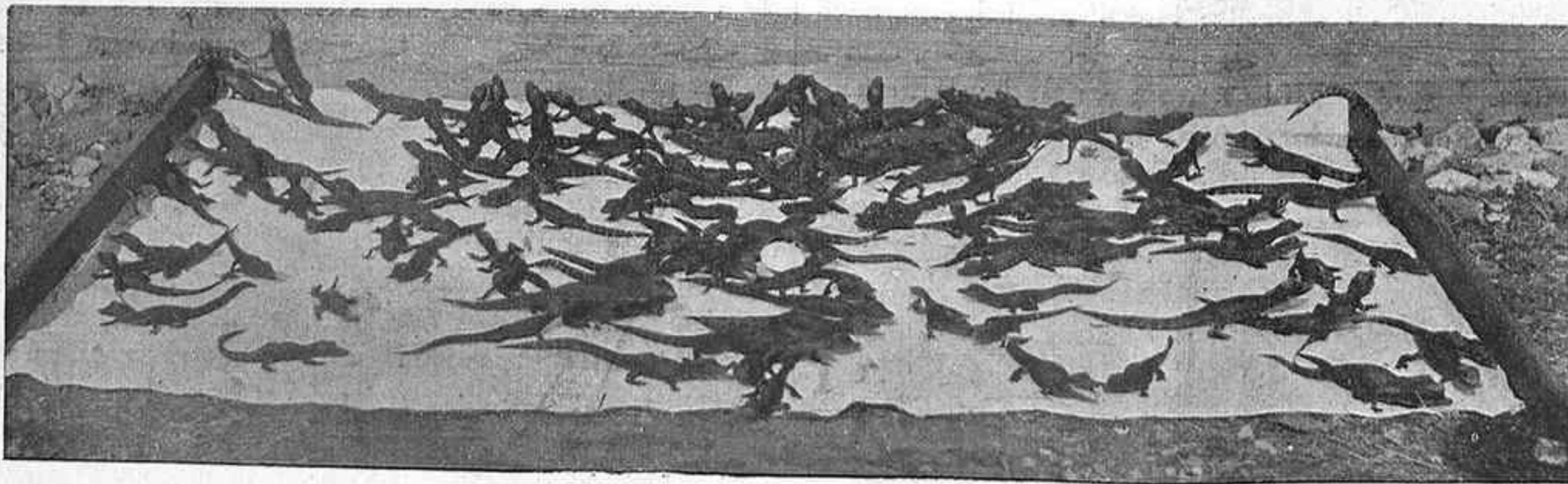
Convencido de ello, Mr. H. I. Campbell, cazador de caimanes muy conocido, determinó criarlos por medios artificiales y siguiendo métodos científicos; hace unos tres años fundó un criadero para la propagación de los caimanes con un objetivo puramente

tiene de 500 á 800 caimanes disponibles. Como el resultado ha sido tan beneficioso, es de creer que antes de mucho la cría artificial de caimanes tome grandes proporciones y llegue á constituir una industria importante.

El criadero está situado á orillas de un pequeño riachuelo que baja de las montañas y que en su curso va formando cierto número de pequeños lagos y charcas, constituyendo así un local inmejorable para aquel objeto. Allí se ven en abundancia caimanes de todos tamaños, desde los monstruos de doce y más pies de largo, hasta los que acaban de salir del huevo, poco mayores que una lagartija.

Mr. Campbell ha pasado toda su vida cazando esos reptiles, por lo tanto está sumamente familiarizado con ellos y conoce los lugares donde hacen los nidos y los medios más fáciles para capturarlos sin lastimarlos ni aminorar, por lo tanto, el valor de la presa. Así es que los cuida y dirige con la misma facilidad con que un pastor á su rebaño, conociendo cómo y de qué manera ha de tratarlos.

Los animales grandes que tiene en el criadero han sido cogidos en los pantanos y esteros de los Estados del Sur, bien por el mismo Mr. Campbell, bien por hábiles y experimentados cazadores que pueden venderle siempre á buen precio las presas que hacen. Para la mayoría de los cazadores, el caimán tiene más valor muerto que vivo por la piel y los dientes, pero los que están al servicio de Mr. Campbell saben que obtendrán más provecho llevándoselos vivos y sanos. Para poder hacer frente á los pedidos necesita que



Caimanes recién sacados de la incubadora. Al nacer son casi del tamaño de una lagartija y de una viveza parecida á la de ésta

comercial, y sin disputa es esta la más rara industria que en el mundo existe. El sitio elegido es sumamente adecuado para el caso. Está en Arkansas, cuyas condiciones naturales y climatológicas son muy favo-

la existencia de caimanes grandes no disminuya, reemplazándolos constantemente. Así es que tanto él como sus dependientes hacen periódicamente excursiones á los sitios donde viven de ordinario esos ani-

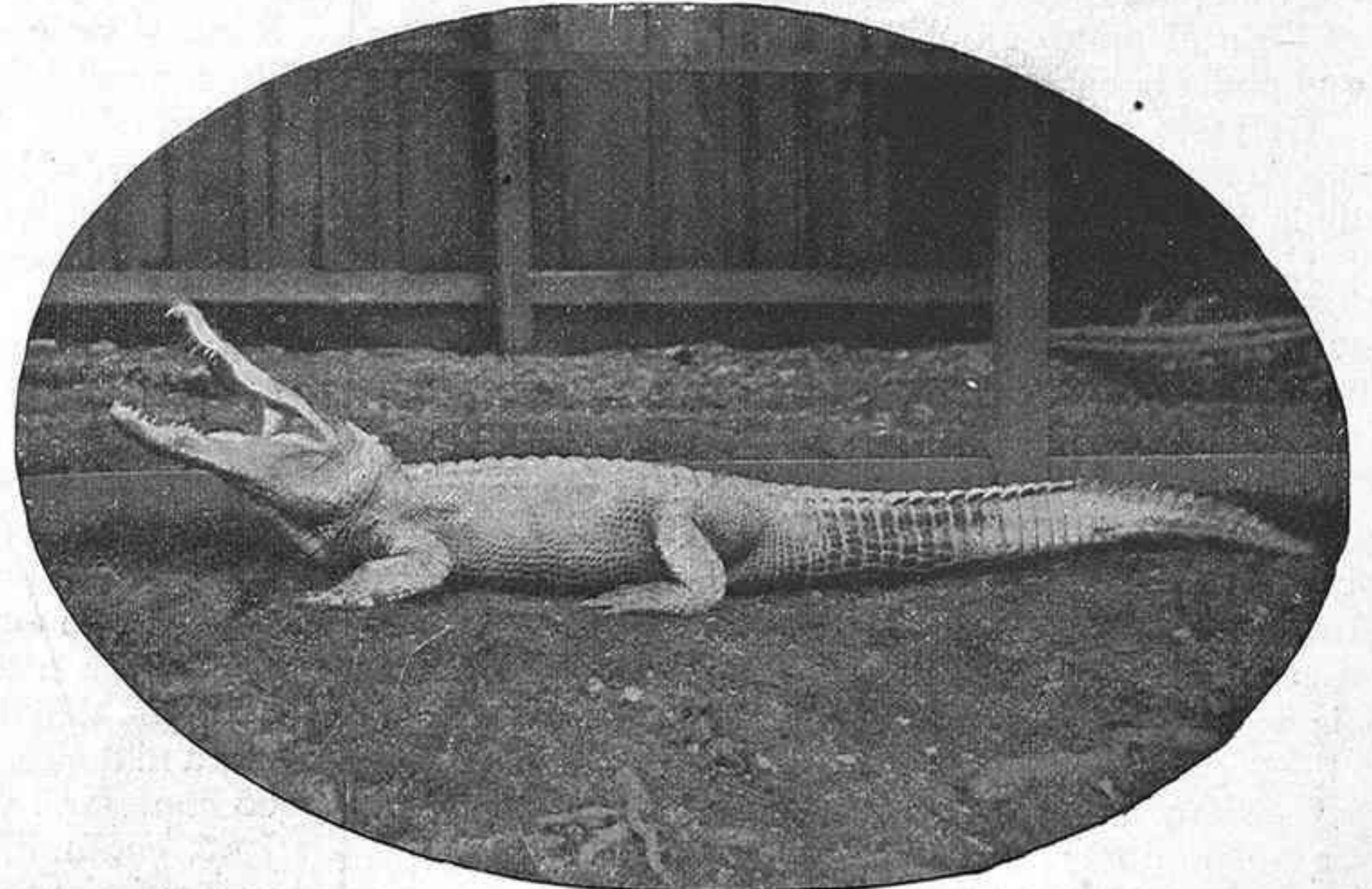
males, para atraparlos vivos y para recoger los huevos.

La serie de pequeños lagos formados por el riachuelo hace que sea posible el separar por tamaños á los saurios. Esto es más importante de lo que á primera vista parece, porque debido á la tendencia que tienen los grandes á comerse los pequeños, si así no se hiciera, pronto la existencia de ellos quedaría reducida á mínimas proporciones. Así, pues, los más pequeños se colocan en un lago, los que son un poco mayores en otro y así sucesivamente, según su tamaño y edad. En uno de ellos se ve un magnífico caimán que tiene unos quince pies de largo y unos doscientos años de edad. Estos animales viven mucho; algunos llegan hasta los quinientos años; así es que es muy probable que el «Viejo Pepe,» como le llaman, sobreviva á su actual dueño.

El profundo conocimiento que el propietario tiene de las peculiaridades de estos saurios le ha valido de mucho para poder llevar adelante su industria, hasta ahora sin competencia, sobre todo para criar á los pequeños, empleando para coadyuvar á su desarrollo medios artificiales fundados en sólidas bases científicas. Por ejemplo, en sus guaridas naturales este animal forma en el fango madrigueras y en ellas permanece durante el invierno. Pero esto no se lo permite Mr. Campbell á sus caimanes, porque, como dice jovialmente, «eso sería paralizar el negocio durante seis de los doce meses del año.»

Para contrarrestar esa costumbre ha hecho construir sobre una serie de charcas pequeñas y poco profundas cuarteles de invierno formados por unas construcciones largas y bajas divididas en cierto número de compartimientos. Atraviesan las charcas unos tubos por donde circula vapor, y de este modo el agua conserva durante todos los meses invernales una temperatura igual y templada. En esa agua tibia flotan dormidos los caimanes y pueden con facilidad cogerse siempre que sea necesario para satisfacer algún pedido. Durante ese período no comen nada, por muy apetitosos que sean los bocados que se les pongan ante el hocico, y puede echárseles mano con facilidad y sin riesgo.

La única época del año en que el caimán se mues-



«El Viejo Pepe,» caimán de cinco metros de largo y de doscientos años de edad

tra en extremo peligroso es durante el mes de julio. Entonces mugen como toros enfurecidos, oyéndose en el criadero una algarabía infernal; los machos se tornan excesivamente fieros, pelean ferozmente entre sí, hay que tener mucho cuidado para que no se hagan daño mutuamente y pierdan así parte de su valor. Al mes siguiente las hembras comienzan á hacer el nido, amontonando con las patas traseras toda clase de desechos, juncos, palos, cañas y lodo. Sobre tan heterogéneo amasijo depositan de 30 á 60 huevos, que se parecen en su forma á los del pato común y que tienen dos pulgadas y media de largo. Sobre ellos extiende la madre otra capa de los mismos componentes, ocultándolos completamente, y permanece de centinela hasta que el calor del sol los empolla. Durante el período de incubación la hembra es sumamente feroz y ataca sin vacilar á todo el que se aproxime á su nido. No se sabe á punto fijo cuánto tiempo dura la incubación, pues sobre este particular hay mucha disparidad de opiniones, y hasta Mr. Campbell, á pesar de criar á estos animales científica y artificialmente, no puede afirmar nada con precisión. Al parecer en ello influyen mucho las condiciones climatológicas, pues si el tiempo está variable es mucho mayor ese período que cuando el sol brilla constantemente.

Cosa bastante rara: la madre, que durante la incubación se muestra tan feroz, en cuanto se rompe el cascarón y sale el pequeñuelo da por terminada su

misión y abandona inmediatamente á su prole, dejando que se las componga como pueda, siéndole ya indiferente que alguien se les aproxime ó los coja.

Los recién nacidos son muy resistentes y no requieren que se tenga con ellos ningún cuidado especial, exceptuando el darles de comer con regularidad los primeros días; al parecer, estos animales son inunmes á toda clase de enfermedades.

Para aumentar sus existencias y facilitar la reproducción, Mr. Campbell ha recurrido también á medios artificiales para empollar sus caimanes. La incubadora que con este objeto utiliza es del tipo de las que se emplean para los pollos, pero de muchas mayores dimensiones y con varias modificaciones en su construcción. En seguida que la hembra acaba de poner, se le roban los huevos y se colocan en la incubadora. Se depositan en grandes bandejas, 45 en cada una, y se les cubre con paja, que se humedece todos los días. La temperatura se mantiene á 80 grados Fahrenheit hasta que nace el caimancito. Los huevos que dejan de incubarse son en número muy insignificante, así es que las pérdidas por esta causa son infinitesimales, lo cual es una circunstancia muy favorable, pues los huevos valen á 25 chelines la docena.

Afortunadamente el caimán es un animal muy barato de mantener y sus órganos digestivos son tales, que no hay que ser muy escrupulosos en la preparación de sus alimentos. Este reptil apechuga con todo y una buena comida semanal basta para satisfacer sus necesidades. Esta se efectúa los domingos por la tarde y todos los habitantes de las cercanías acuden á ver tan extraño espectáculo. Como los compartimientos están separados por fuertes redes de alambre y los animales tienen un gran pedazo de terreno á la orilla del agua donde poder tomar el sol, se puede contemplar perfectamente el festín. El menú consiste, por lo general, en carne en malas condiciones, no aprovechable para el consumo público, que envían de las grandes carnicerías, acompañada de cuando en cuando de pollos, pichones y otras aves, que siempre se matan antes de echárselos. A los recién nacidos se les sostiene los primeros días con carne de vaca picada.

Diversos son los motivos que originan la gran demanda de esos saurios. No tan sólo tienen gran precio las pieles y los dientes, sino que también se venden muchos de ellos vivos. Los más crecidos se destinan para jardines zoológicos y para colecciones am-

bulantes de animales raros, pero los que tienen mayor salida son los caimancitos más pequeños, que no excedan de seis pulgadas de largo, de los cuales se venden muchos centenares al año. Casi todos los compran damas elegantes para servirles de entretenimiento; su precio, por término medio, es el de cinco chelines. Pocas son las personas que visitan el criadero que no se lleven algún animalito, y como son muchos los visitantes, muchos son también los que se venden.



Mr. Campbell, el propietario del criadero, andando con los caimanes, á los que, según asegura, hipnotiza

Son muy raros algunos de los objetos á que se destinan los caimanes. En los parques y hoteles de verano los utilizan para entretenimiento de sus huéspedes ó como anuncios llamativos, sobre todo si pueden procurarse alguno de 6 á 8 pies de largo. Los de mediano tamaño, de 24 á 30 pulgadas, los buscan los dueños de cafés, que los colocan en los escaparates ó en los mostradores para diversión de sus parroquianos. Un gran número se venden para servir de anuncios á distintas casas de comercio, que desean llamar la atención del público sobre alguna especialidad de un modo original. Para esto, por lo general, se procura un reptil de los mayores y el anuncio se imprime indeleblemente y en grandes caracteres en su arrugada piel y luego le dejan andar en libertad por un recinto cerrado, donde pueden verle todos los que por allí pasen.

No hace mucho tiempo que el propietario de una gran industria compró cien caimanes de regular tamaño. Imprimióse el anuncio en el lomo de cada uno y se les colocó en los escaparates de las cien sucursales que tiene la casa en otras tantas localidades de

California. Como era consiguiente, la vista de aquellos animales andando por los escaparates fué un verdadero imán, que atrajo grandes multitudes que se paraban para observar sus extraños movimientos. Cuando ya hubo pasado la novedad del espectáculo, fueron los saurios transportados á otro de los Estados de la América del Norte y así fueron recorriéndolos todos sucesivamente.

El cuidar esos pesados animales es sin duda alguna peligroso y distraído. Mr. Campbell anda entre ellos sin temor alguno, aunque siempre con mucho cuidado. Afirma que únicamente los domina por efecto del hipnotismo que con ellos emplea. Al parecer no les tiene miedo y dice que aun cuando sus dientes son ciertamente muy temibles, su arma más formidable es la cola; un golpe dado con ella por un caimán ya crecido, derriba á un hombre en tierra sin sentido. A pesar de que, en realidad, ha pasado su vida entre ellos y los ha estudiado muy de cerca, no oculta la repugnancia que le inspiran. «Son muy traidores, dice, y jamás puede uno fiarse de ellos.» Por esa razón siempre anda con ojo avizor, en espera de algún movimiento sospechoso de las formidables mandíbulas ó de la temible cola. «Puede usted pasar junto á un caimán, al parecer dormido, suele decir, noventa y nueve veces sin que dé

la menor señal de que le ha visto; pero á la centésima, sobre todo si va usted descuidado, le tirará un bocado. ¿Qué sucedería si llegara á hacer presa? Pues bien, la cosa no podría tomarse á broma, porque el caimán nunca suelta lo que muerde. En su comparación es poca la tenacidad del bulldog ó de la tortuga. No hay nada que pueda compararse á la de un caimán.»

Mr. Campbell ha logrado enseñar á cuatro de los mayores, de unos 8 pies de largo cada uno, á dejarse deslizar por un plano inclinado de unos 18 pies de altura. Los pesados animales suben torpemente hasta la parte superior por otro plano inclinado, que á intervalos tiene unos travesaños de madera á fin de que puedan afirmar en ellos las patas. Cuando han llegado á la cúspide aguardan la voz de mando para descender, y al darla juntan las patas y con mucha gravedad se dejan caer hasta el agua, recorriendo unos treinta pies. Mr. Campbell es el primero que ha logrado educar á los caimanes, cuya inteligencia es tan poca que casi pudiera decirse que no la tienen.

FEDERICO A. TALBOT.

Dentición
JARABE DELABARRE
Jarabe sin narcótico.

Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.

EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS

FUMOUBE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

Historia general del Arte

Arquitectura, Pintura, Escultura, Mobiliario, Cerámica, Metalisteria, Glíptica, Indumentaria, Tejidos

Esta obra, cuya edición es una de las más lujosas de cuantas ha publicado nuestra casa editorial, se recomienda á todos los amantes de las Bellas Artes y de las Artes suntuarias, tanto por su interesante texto, cuanto por su esmeradísima ilustración. — Se publica por cuadernos al precio de 6 reales uno.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

Frasco 5 fr. en Paris

PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHELIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès

pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOGES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.

Pone y conserva el cutis limpio y terso

CANDES et Co. B^o St-Denis-36

65 AÑOS DE ÉXITO
FUERA de CONCURSO PARIS 1900
GRAN PREMIO, Saint-Louis 1904

Alcohol de Menta de

RICQLÈS

(EL ÚNICO VERDADERO ALCOHOL de MENTA)
CALMA la SED, SANEA el AGUA
Contra el **VÓMITO, Dolor de CABEZA, INDIGESTION**
COLERINA
AGUA de TOCADOR y DENTÍFRICO esquisito

PRESERVATIVO contra las **EPIDEMIAS**
Pedir el **RICQLÈS**
De venta en las PERFUMERIAS, FARMACIAS y DROGUERIAS.

VINO AROUD
CARNE-QUINA-HIERRO

el mas reconstituyente soberano en los casos de:
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

PATE EPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILLORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



Labores campestres, cuadro de Eugenio Prati. (Exposición de Bellas Artes de Milán.)

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE
LOS VERDADEROS Y EFICACES
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA
COLORES PÁLIDOS
EMPOBRECIMIENTO
de la SANGRE
Escrófulas, etc.

PILULES
de **BLANCARD**

EXIGIR LA SIGNATURE

al IODURO de HIERRO
INALTERABLE

DESCONFIESE de las FALSIFICACIONES

DEPÓSITO: BLANCARD & Co, 40, R. Bonaparte, Paris.

PECHO IDEAL
Desarrollo - Belleza - Dureza
de los PECHOS en dos meses con
las **Pildoras Orientales**,
únicas que producen en la mujer
una graciosa robustez del busto,
sin perjudicar la salud ni engruesar
la cintura. Aprobadas por las
celebridades médicas. Fama uni-
versal. J. RATIÉ, farmacéutico, 5, Pasaje Ver-
deau, PARIS. El frasco, con instrucciones, por
correo, 8'50 pesetas. Depósito en Madrid, Far-
macia de P. Gayoso, Arenal, 2; En Barcelona,
Farmacia Moderna, Hospital, 2.

**AVISO Á
LAS SEÑORAS**

EL APIOL DE LOS
JORET-HOMOLLE

CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS

F^{ca} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ROB
BOYVEAU-LAFFECTEUR

CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
cura las
ENFERMEDADES DE LA PIEL
Vicios de la Sangre, Herpès, etc.
EXIGIR EL FRASCO LEGITIMO.

Vendese en casa de J. FERRÉ, Farmaceutico,
SUCESOR DE BOYVEAU-LAFFECTEUR,
Calle Richelieu, 102, PARIS, y en todas Farmacias.

REMEDIO DE ABISINIA
EXIBARD
SOBERANO CONTRA
CATARRO - ASMA - OPRESIÓN
30 Años de Buen Exito. Medallas Oro y Plata.
Todas Farmacias.

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del
pecho, Catarros, Mal de gar-
ganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos,* de los *Reumatismos,
Dolores, Lumbagos,* etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.
Exigir la Firma **WLINSI**.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-
miento*, las *Enfermedades del
pecho* y de los *intestinos*, los
Disenteria, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.
PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.